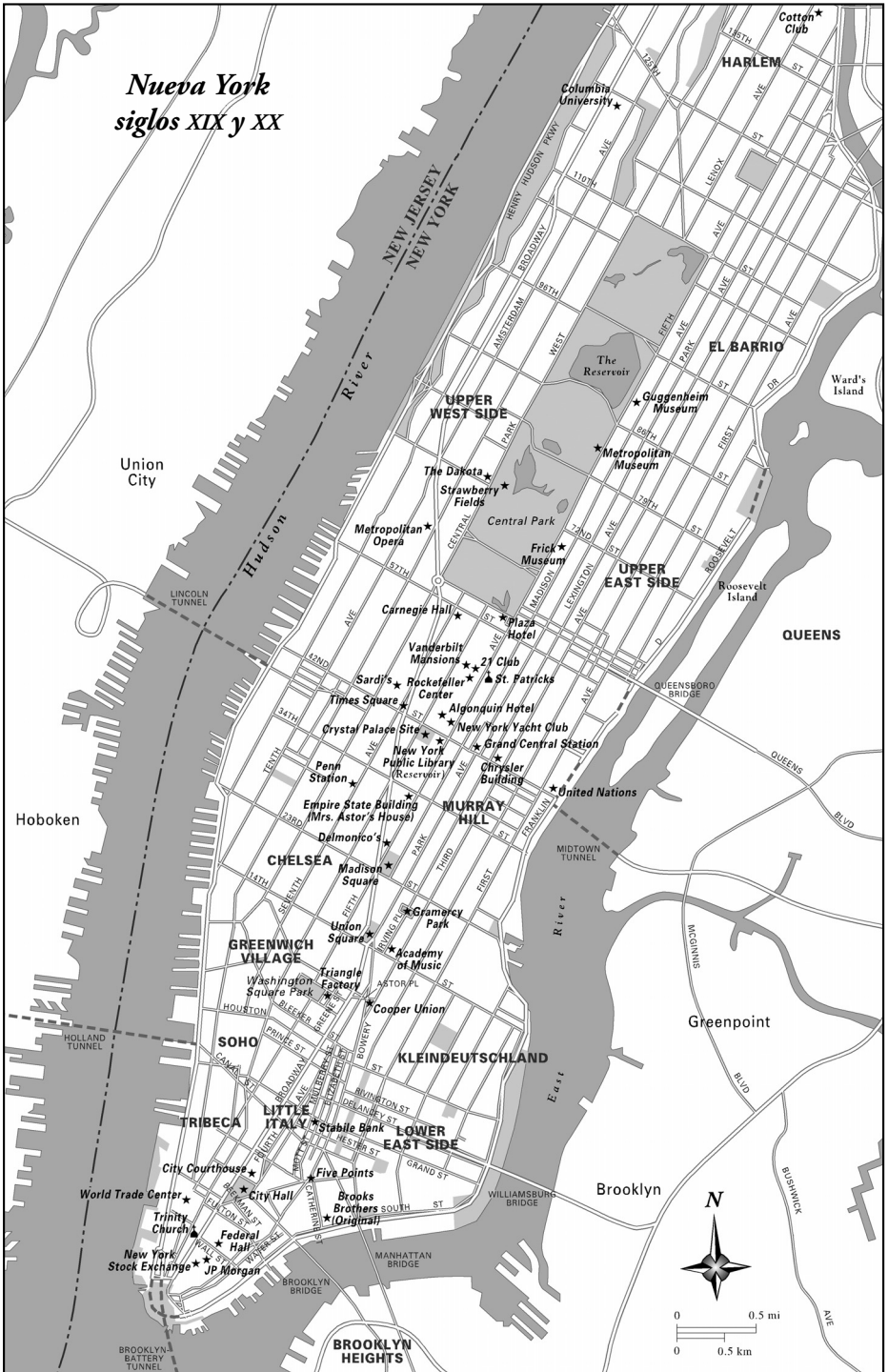


*Nueva York
siglos XIX y XX*



Union City

Hoboken

SOHO

TRIBECA

LITTLE ITALY

GREENWICH VILLAGE

CHELSEA

MURRAY HILL

UPPER WEST SIDE

UPPER EAST SIDE

EL BARRIO

HARLEM

QUEENS

Greenpoint

World Trade Center

City Courthouse

Trinity Church

Federal Hall

New York Stock Exchange

JP Morgan

City Hall

Brooks Brothers

Five Points

Original

Manhattan Bridge

Williamsburg Bridge

Brooklyn Battery Tunnel

Brooklyn Bridge

Manhattan Bridge

Brooklyn Heights

Brooklyn Bridge

Manhattan Bridge

Williamsburg Bridge

Brooklyn Bridge

Manhattan Bridge

Williamsburg Bridge

Brooklyn Bridge

Manhattan Bridge



Prólogo

Nueva York es antes que nada una novela. Todas las familias en cuyas peripecias se basa la narración son ficticias, como lo es también su participación en los acontecimientos históricos descritos. No obstante, al desgranar la historia de estas sagas imaginarias en el curso de los siglos, he intentado insertarlas entre las personas y hechos que o bien existieron o bien pudieron haber existido.

Los nombres de las principales familias protagonistas del libro han sido elegidos para representar las tradiciones de sus lugares de origen. Van Dyck es un apellido holandés corriente, fácil de recordar. Master es un apellido bastante habitual en Inglaterra, aunque debo confesar que al plantearme el destino de esta familia, como comerciantes y agentes de Wall Street, la expresión «Master del Universo» surgía de forma automática en mi cabeza. White es otro apellido típicamente inglés. Keller, que significa «bodeguero», es el quincuagésimo apellido más usado en Alemania. O'Donnell es un apellido irlandés muy conocido, Caruso es un famoso apellido originario del sur de Italia y Adler, que significa «águila» en alemán, es frecuente en toda Europa central. En el caso de los personajes que aparecen brevemente, la familia Rivers es inventada; la familia de Albion aparecía en mi libro *El bosque*. Para la elección del nombre de Juan Campos, me inspiré en el famoso compositor puertorriqueño Juan Morrel Campos. El apellido Humblay no existe, que yo sepa, pero es una antigua variante de *humbly* («humildemente») que consta en los libros de oraciones del siglo XVI. En lo tocante a la procedencia de los nombres Vorpal y Bandersnatch, remito al lector al poema «Jabberwocky», de Lewis Carroll.

A lo largo de esta narración apenas he tenido que inventar gran cosa en lo relativo a los acontecimientos históricos. De vez en cuando, a fin de mantener el hilo narrativo, he recurrido a algunas sim-

plificaciones de una compleja secuencia o detalle histórico, pero sin llegar nunca a desvirtuar, o así lo espero, el marco histórico global. Aun así, considero necesarias ciertas puntualizaciones que guíen al lector en la interpretación histórica.

Las tribus indias americanas. He hecho alusión a determinadas tribus locales, como los tappan y los hackensack, cuyos nombres perduran aún en la topografía de la zona. No obstante, en la región de Nueva York había tal multiplicidad de grupos tribales que no he querido confundir al lector mencionando demasiados. En lugar de ello, a menudo he recurrido a una práctica habitual que consiste en designar a dichas tribus con el nombre de su grupo lingüístico común, que era el algonquino. De la misma manera, para referirme a las tribus del norte uso con frecuencia el término iroqués —que era su lengua—, aunque en ocasiones también efectúo distinciones entre tribus concretas, como la de los mohawks. Es posible que más de un lector se sorprenda al ver que en la primera parte de la novela no he utilizado el término *lenape* para aludir a los pueblos indígenas de la zona de Manhattan. En realidad, esta denominación se aplicó a dichos grupos en un periodo histórico posterior y por ello he preferido no usarla en un marco histórico en que no hubiera significado nada para las personas descritas.

14

Algunos libros de historia, en particular *The Island at the Center of the World*, la admirable obra de Russell Shorto sobre Nueva Ámsterdam, destacan la tradición de libertad personal y cívica que los holandeses legaron a Nueva York. Por mi parte, he tratado de reflejar el contenido de esta obra en mi relato, teniendo en cuenta también que los progresos en el terreno de la independencia cívica se habían iniciado ya en la Edad Media en Inglaterra y en buena parte de Europa.

La visión que reflejaba en mi primer borrador, según la cual los ingleses habrían sido más duros en el trato con los esclavos que los holandeses, se vio modificada a raíz de las conversaciones mantenidas con el profesor Graham Hodges, que trata a fondo dicha cuestión en su libro *Root & Branch*.

He escogido la opción de creer que el gobernador inglés, lord Cornbury, era efectivamente un travesti y varios prestigiosos historiadores han tenido la amabilidad de corroborar que es muy probable que así fuera.

Mi opinión sobre las cambiantes relaciones mantenidas entre ingleses y norteamericanos experimentó una profunda evolución en el curso de la elaboración de esta novela gracias a las conversaciones

que mantuve con el profesor Edwin G. Burrows, el destacado coautor de *Gotham*, que publicó hace poco un libro consagrado a esta cuestión titulado *Forgotten Patriots*.

La ciudad de Nueva York, una de las más complejas del mundo, ofrece un vastísimo tema. Cualquier novelista que trate su amplia historia tendrá que realizar elecciones o descartes a cada paso. Mi único deseo es que el lector encuentre que este libro transmite, por lo menos, algo de la historia y el espíritu de este lugar, por el que yo siento tanto afecto.

Nueva Ámsterdam

1664

De modo que aquello era la libertad.

La canoa se deslizaba con la corriente del río, afrontando con la proa el embate del agua. Al mirar a la niña, Dirk van Dyck se preguntó si aquel viaje no sería una terrible equivocación.

Un extenso río lo atraía hacia el norte; un extenso cielo lo atraía hacia el oeste. Era aquélla una tierra de muchos ríos, una tierra de muchas montañas, una tierra de muchos bosques. ¿Hasta dónde llegaría? Nadie lo sabía; en todo caso, no con certeza. Más arriba de donde volaban las águilas, sólo el sol alcanzaría a ver, en su inmenso viaje hacia el oeste, toda su extensión.

Sí, en aquellos territorios desiertos había encontrado la libertad y el amor. Van Dyck era un hombre corpulento; vestía pantalones anchos al estilo holandés, botas con caña vuelta y jubón de piel. Como se aproximaban al puerto, se había puesto también un sombrero de ala ancha adornado con una pluma.

Miró a la niña: era su hija. Una hija del pecado, por el cual, según los dictados de su religión, merecía castigo.

¿Cuántos años tenía? ¿Diez, once? Se había puesto contentísima cuando él había aceptado llevarla río abajo. Tenía los ojos de su madre. Era una niña india preciosa: su pueblo la llamaba Pluma Pálida. Sólo la blancura de su piel dejaba traslucir la otra parte de su ascendencia.

—Pronto llegaremos.

El holandés habló en algonquino, la lengua de las tribus de la región.

Nueva Ámsterdam era un emplazamiento comercial, constituido sólo por un fuerte y una pequeña ciudad rodeados de una empalizada. De todos modos, era una pieza importante en el amplio imperio comercial controlado por los holandeses.

Van Dyck estaba orgulloso de ser holandés. Pese a que su país era

pequeño, sus indómitos habitantes le habían plantado cara al poderoso imperio español y habían logrado la independencia. Habían sido ellos quienes habían construido los grandes diques que mantenían extensas franjas de tierra fértil al abrigo de la cólera del mar. Eran los holandeses quienes, con su espíritu marinero, habían puesto en pie un imperio comercial que era la envidia de todas las naciones. En aquella época dorada que había propiciado la existencia de Rembrandt y Vermeer, sus ciudades —Ámsterdam, Delft, Amberes—, con sus hileras de altas y picudas casas majestuosamente dispuestas a lo largo de los canales y ríos, eran un refugio para artistas, eruditos y librepensadores llegados de toda Europa. Sí, estaba orgulloso de ser holandés.

En su curso bajo, el río estaba sujeto al influjo de la marea, que aquella mañana discurría en dirección al océano. Por la tarde, invertiría la tendencia para fluir hacia el norte.

La niña miraba hacia delante, en el sentido de la corriente. Sentado frente a ella, Van Dyck recostaba la espalda en el gran montón de pieles, en su mayoría de castor, dispuestas en el centro de la canoa. Se trataba de una embarcación ancha y espaciosa, resistente y ligera a la vez, construida con corteza de árbol y que impulsaban remando cuatro indios, dos en la proa y dos en la popa. Casi pegada a ellos los seguía otra embarcación, tripulada por sus propios hombres. Había tenido que llevar aquella canoa india para transportar todo el cargamento que había comprado. En aquel día de finales de primavera, dejaban atrás un cielo cargado de nubes de tormenta y, aunque viajaban inmersos en un ambiente gris, el agua aparecía luminosa más adelante.

De improviso, entre las nubes surgió un potente rayo de sol. El río produjo un ruido seco al chocar contra el costado de la barca, como un tambor indio que transmitiera un aviso. Sintió en la cara un hormigueo provocado por la brisa, tan ligero como el burbujeo de un vino espumoso. Entonces volvió a hablar; aunque no quería ofender a la niña, aquellas palabras eran necesarias.

—No debes decir que soy tu padre.

La niña bajó la mirada hacia el colgante de piedra que pendía de su cuello. Era una diminuta cara esculpida, pintada de rojo y negro, que llevaba colgada boca abajo según la costumbre india. En realidad, tenía su lógica: así, cuando uno lo levantaba para mirarlo, quedaba perfectamente encarado hacia los ojos. Era un amuleto de la suerte, que representaba al Enmascarado, Señor del Bosque, el que mantenía el equilibrio de la naturaleza.

Sin contestar nada, Pluma Pálida siguió con la vista fija en la cara del dios indio. ¿Qué estaría pensando? ¿Acaso lo entendería? Van Dyck no estaba seguro.

Desde detrás de los acantilados que se sucedían en la orilla occidental cual altas empalizadas de roca resonó entonces un lejano retumbar de truenos; la niña sonrió. A sus compatriotas, que eran gente marinera, no les gustaban los truenos, pensó el holandés. Para ellos representaban perjuicios y temores; en cambio, los indios eran más sabios. Ellos conocían el significado de la voz del trueno: cuando hablaba, los dioses que moraban en el más bajo de los doce cielos estaban protegiendo al mundo del mal.

El sonido se alejó río abajo hasta disolverse. Pluma Pálida dejó caer el colgante con un leve y delicado gesto y después levantó la mirada.

—¿Conoceré a tu esposa?

Dirk van Dyck tuvo un breve sobresalto. Su esposa Margaretha no tenía ni idea de que estaba tan cerca, porque no le había avisado de su regreso. ¿Cómo podía haber pensado que podía llevar a la niña en la barca y ocultarla ante su mujer? Había sido una locura. Se revolvió y acabó posando, turbado, la vista en el río. Ya habían llegado a la punta septentrional del estrecho territorio llamado Maniatan y la corriente los impulsaba hacia abajo. Era demasiado tarde para retroceder.

Margaretha de Groot aspiró entre sus sensuales labios una lenta calada de la pipa de arcilla y, observando con aire pensativo al hombre de la pata de palo, se preguntó cómo sería acostarse con él.

Pese a su pelo cano y a su edad, ya madura, aquel individuo alto y erguido, de aspecto decidido, seguía teniendo un aspecto indómito. La pata de palo, por otro lado, era un blasón, un recordatorio de sus batallas. Aquella herida habría matado a muchos hombres, pero no a Peter Stuyvesant. A pesar de la pierna ortopédica caminaba por la calle a una velocidad sorprendente. Mirando la dura madera pulida, ella experimentó un tenue escalofrío del cual él no se percató.

¿Qué pensaría de ella? Le gustaba, estaba segura. ¿Y por qué no, además? Era una hermosa mujer en la plenitud de la treintena, de cara ancha y con una larga cabellera rubia. No había engordado, como les ocurría a muchas holandesas, todavía lucía una buena silueta y poseía una especie de voluptuosa aureola. En cuanto a su afición a fumar en pipa, la mayoría de los holandeses la tenían, tanto hombres como mujeres.

Al verla, él se detuvo y sonrió.

—Buenos días, Greet. —La había llamado Greet, con familiaridad. Al igual que la mayoría de las holandesas, a Margaretha van Dyck se la conocía por su nombre de soltera, Margaretha de Groot, y así había esperado que se dirigiera a ella. Claro que la conocía desde que era una niña, pero aun así... Él era por lo general una persona muy formal, pensó, casi ruborizada—. ¿Aún está sola?

Se encontraba delante de su hogar, una típica casa urbana holandesa, una sencilla vivienda rectangular de dos pisos con madera en los costados y una estrecha y picuda punta en la fachada. La suya lucía una bonita combinación de ladrillos negros y amarillos y unos pocos escalones comunicaban la calle con la puerta, que era amplia y estaba abrigada con un porche de estilo holandés. Aunque las ventanas no eran amplias, el conjunto resultaba impresionante gracias a la escalonada punta por la que los holandeses mostraban predilección; tras ella se alzaba una veleta, asentada sobre el caballete del tejado.

—¿Aún sigue vuestro marido en el norte? —repitió Stuyvesant. Ella asintió—. ¿Cuándo va a volver?

—¿Quién sabe? —contestó, encogiéndose de hombros.

No podía quejarse de que su marido tuviera que desplazarse tan lejos para realizar negocios. El comercio de pieles, en especial de castor, había alcanzado grandes dimensiones y los indios de la zona cazaban tantos animales que casi los habían llevado a la extinción. Van Dyck debía desplazarse a menudo al interior a fin de aprovisionarse con los iroqueses. Había que reconocer, además, que siempre conseguía adquirir abundantes reservas de mercancía.

No estaba segura, sin embargo, de que tuviera que permanecer ausente tanto tiempo. En la primera época de casados, sus viajes duraban sólo un par de semanas, pero poco a poco éstos se habían ido prolongando. Cuando estaba en casa era un buen marido, atento con ella y cariñoso con sus hijos. Aun así, experimentaba un sentimiento de abandono. Esa misma mañana su hija menor le había preguntado cuándo volvería su padre.

—En cuanto pueda —le había respondido a la pequeña con una sonrisa—. De eso puedes estar segura.

Pero ¿no estaría evitándola? ¿Acaso había otras mujeres en su vida? La fidelidad era importante para Margaretha de Groot. No era pues de extrañar que, al recelar que su marido pudiera engañarla, se dijera a sí misma que estaba aquejado de debilidad moral y, mientras soñaba hallar consuelo en otros brazos más justos, diera cabida en su

pensamiento a una voz que le susurraba: «Si al menos fuera un hombre como el gobernador Stuyvesant».

—Vivimos tiempos difíciles, Greet. —En la voz de Stuyvesant era perceptible una tristeza que no dejaba traslucir en su rostro—. Ya sabéis que tengo enemigos.

Se sintió emocionada al darse cuenta de que le estaba haciendo una confidencia. Le dieron ganas de apoyarle la mano en el brazo, pero no se atrevió.

—Esos malditos ingleses...

La mujer asintió.

Si el imperio comercial de los holandeses se extendía desde el Oriente hasta las Américas, el de los mercaderes ingleses no le iba a la zaga. En ocasiones los dos países protestantes actuaban juntos frente a sus enemigos comunes, los imperios católicos de España y Portugal, pero por lo general eran rivales. Desde hacía quince años, después de que Oliver Cromwell derrocara con su ejército puritano al rey Carlos de Inglaterra —decapitándolo de paso—, la rivalidad se había incrementado. Los holandeses realizaban un lucrativo tráfico de esclavos entre África y el Caribe. La intención de Cromwell estaba muy clara: Inglaterra debía controlar el tráfico de esclavos.

Eran muchos los holandeses honrados que abrigaban dudas sobre la moralidad de aquel brutal tráfico de seres humanos; los buenos puritanos ingleses no tenían, en cambio, semejantes escrúpulos. Cromwell no había tardado en arrebatara Jamaica a los españoles a fin de utilizarla como base para el comercio de esclavos, y tras su muerte, acaecida cuatro años después y a la que había seguido la restauración de otro rey Carlos en el trono británico, Inglaterra había proseguido con la misma política. Hasta Nueva Ámsterdam habían llegado noticias de que los ingleses habían atacado los puertos que los holandeses utilizaban para embarcar esclavos en la costa guineana de África. A través del océano se transmitía también el rumor de que no sólo querían quedarse con el tráfico de esclavos, sino también con el puerto de Nueva Ámsterdam.

Ésta no era una gran ciudad. Contaba con un fuerte, un par de molinos de viento, una iglesia con un afilado campanario, un pequeño canal que en realidad no pasaba de ser una zanja ancha, unas cuantas calles flanqueadas de casas y algunos huertos y parcelas cercados por un muro que iba de este a oeste en la punta meridional de Maniatan. Pese a su modesta condición, tenía ya una historia tras de sí. Diez años antes de que el *Mayflower* se hiciera siquiera a la mar, la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales había percibido el

potencial de aquel vasto fondeadero natural y había establecido allí una base comercial. Ahora, después de medio siglo de irregular desarrollo, se había convertido en un activo puerto con asentamientos periféricos diseminados en un radio de varias decenas de kilómetros que delimitaban a grandes trazos un territorio al que los holandeses denominaban los Nuevos Países Bajos.

Éste poseía ya un carácter propio; a lo largo de dos generaciones, los holandeses y sus vecinos francófonos protestantes, los valones, habían luchado por independizarse del dominio de la católica España, y al final habían logrado su objetivo. Holandeses y valones se habían instalado juntos en la Nueva Ámsterdam. De hecho fue un valón, Pierre Minuit, quien se había encargado cuarenta años atrás de las negociaciones con los indios del lugar para comprar el derecho a asentarse en Manhattan. Desde su fundación, aquellos comerciantes protestantes infundieron a aquel sitio su espíritu de tenacidad e independencia.

La baza más importante era, con todo, su situación. Aun sin componer una imponente silueta a ojos de un militar, el fuerte dominaba el extremo meridional de la isla de Manhattan en la punta que destacaba entre las aguas de un magnífico y amplio puerto natural. El fortín dominaba además la entrada del gran río del Norte. Y Peter Stuyvesant era el gobernador de aquellos dominios.

El enemigo inglés se encontraba ya cerca. Las gentes de Nueva Inglaterra instaladas en Massachusetts y en especial en Connecticut, dirigidas por su maquiavélico gobernador Winthrop, trataban constantemente de arrebatar territorios a los asentamientos periféricos holandeses. Cuando Stuyvesant hizo erigir el sólido muro y la empalizada en el límite norte de la ciudad, a los ingleses se les dio una educada explicación: «Es para impedir que entren los indios». Sin embargo, nadie le creyó: el muro era para mantener a raya a los ingleses.

El gobernador seguía observando a Margaretha.

—Ojalá los ingleses fueran mis únicos enemigos.

Ay, pobre hombre. Era demasiado bueno para ellos, los indignos habitantes de Nueva Ámsterdam.

La ciudad albergaba en torno a mil quinientas personas: unos seiscientos holandeses y valones, trescientos alemanes y casi la misma cantidad de ingleses, que habían elegido vivir bajo el dominio neerlandés. El resto provenía de todos los países del mundo, e incluso había algunos judíos. Sin embargo, ella no estaba segura de que hubiera muchas personas justas y honradas entre ellos.

Margaretha no era una mujer religiosa. La Iglesia Reformada Holandesa era rígida, de tendencia calvinista, y ella no siempre estaba de acuerdo con sus dictados. Aun así, admiraba a los pocos hombres fuertes que se atenían a ellos, como Bogard, el viejo predicador dómine, y Stuyvesant. Ellos al menos preservaban el orden.

Cuando Stuyvesant ponía coto a los excesos de las borracheras en la ciudad, prohibía algunas de las festividades populares de tendencia marcadamente pagana o intentaba mantener al margen de la ciudad a los insensatos cuáqueros o a los miserables anabaptistas, eran muy pocos los comerciantes que le prestaban apoyo. Ni siquiera podía contar con la Compañía de las Indias Occidentales, al servicio de la cual no obstante trabajaba. Cuando llegó un grupo de judíos sefardíes procedentes de Brasil y Stuyvesant les dijo que se marcharan, la compañía ordenó: «Dejadlos entrar. Son buenos para los negocios».

Nadie podía decir que hubiera sido un mal gobernador. Los dirigentes que lo habían precedido habían sido en su mayoría bufones corruptos. Un idiota había emprendido una innecesaria guerra con los indios que por poco había llevado a la colonia a la destrucción. Stuyvesant, por su parte, había aprendido a gobernar con tino: en el norte mantenía a raya a los ingleses; en el sur, cortó por lo sano la naciente colonia sueca del río Schuylkill cuando comenzó a suponer una molestia. Había fomentado el comercio de azúcar y comenzado a traer más esclavos. Todos los barcos llegados de Holanda transportaban, como lastre, los mejores ladrillos holandeses para poder construir las casas de la ciudad. Las calles estaban limpias, disponían de un pequeño hospital y en la escuela se impartían clases de latín.

¿Y la gente estaba agradecida por ello? Por supuesto que no. Les molestaba que los gobernara, e incluso pensaban que podían hacerlo ellos mismos, los muy necios. Ella, por su parte, no los veía lo bastante capaces para tal cometido.

El peor de ellos había sido un abogado hipócrita, un tal Van der Donck. Lo llamaban «el Jonker», el terrateniente. Se dedicaba a intrigar a espaldas del gobernador, dirigiendo cartas a la compañía de las Indias Occidentales y publicando quejas con la intención de destituir a Stuyvesant. ¿Y para qué?

—El Jonker es un amante de la libertad —solía decirle su marido.

—Sois todos unos necios —protestaba ella—. Sólo se ama a sí mismo. Será él quien te gobierne en lugar de Stuyvesant si le dais la menor ocasión.

Por suerte, el Jonker no había logrado destruir a Stuyvesant,

pero sí se las había arreglado para hacerse con una gran finca situada al norte de la ciudad. Incluso había escrito un libro sobre los Nuevos Países Bajos que, según aseguraba su marido, era de calidad. El miserable ya estaba muerto ahora... ¡gracias a Dios! Los habitantes de Nueva Ámsterdam, sin embargo, aún seguían llamando su extensa propiedad «La Finca del Terrateniente», como si el hombre siguiera allí. Su ejemplo había cundido tanto entre los comerciantes que, en su opinión, a Stuyvesant no le convenía confiar en ninguno de ellos.

—¿Puedo contar con vos, Greet? —preguntó el gobernador, posando en ella su acerada mirada.

El corazón le dio un vuelco. No pudo evitarlo.

—Desde luego.

Él estaba casado y era feliz en su matrimonio; al menos eso suponía Margaretha. Vivía con Judith Bayard en su *bouwerie*, como los holandeses llamaban a sus granjas, y todo indicaba que estaba satisfecho. Judith era mayor que Peter. Fue ella quien lo cuidó hasta su restablecimiento después de que perdiera la pierna, y después se casaron. Hasta donde sabía Margaretha, sólo había tenido otra relación con una mujer, y eso fue cuando era joven, mucho antes de conocer a Judith. Aquello fue un pequeño escándalo, pero ella tenía aún mejor concepto de él a causa del incidente. De no haber sido por aquello, podría haber llegado a ser ministro calvinista, en lugar de enrolarse en la Compañía de las Indias Occidentales para ir a buscar fortuna en lejanos mares.

—¿Y vuestro esposo? ¿Puedo contar con él?

—¿Mi esposo?

Su marido, dondequiera que estuviese, evitándola.

En todo caso, aquello estaba a punto de cambiar. Durante su ausencia, Margaretha había estado pensando en el asunto y había ideado un plan para su futuro que sería más satisfactorio. Era una suerte que la tradición holandesa proporcionara a las mujeres mucha más libertad, y también poder, que a las de otros países. También había que agradecer a Dios los acuerdos prematrimoniales holandeses. Cuando Dirk van Dyck regresara a casa le expondría sus planes, que ya tenía bien perfilados.

—Oh, sí —repuso—. Hará lo que le pidáis.

—Me dirijo al fuerte —dijo Stuyvesant—. ¿Querriais acompañarme?

Aqué era un hermoso día de primavera en Londres. El río Támesis estaba abarrotado de barcos. Thomas Master observaba el navío, tratando de tomar una decisión.

En la mano tenía la carta de su hermano Eliot, en la que éste le comunicaba la muerte de su padre. Tom era demasiado sincero para fingir que lo sentía. Tenía veintidós años, y ahora era libre. ¿Por qué se decantaría? ¿Por Inglaterra o por América?

A su izquierda se alzaba la gran mole gris de la Torre de Londres, silenciosa, hermética. A su espalda, el elevado tejado del Viejo Saint Paul le transmitió un sentimiento de reprobación cuando se volvió a mirar. Pero ¿qué censuraba? A él mismo, sin duda. Al fin y al cabo, lo habían mandado a Londres cubierto de vergüenza.

Treinta años atrás Adam Master, de la costa este de Inglaterra, y Abigail Eliot, de West Country, se conocieron en Londres. Para aquellos dos jóvenes y fervientes puritanos, la capital de Inglaterra resultaba un lugar escandaloso. El rey Carlos I reinaba entonces; tenía una esposa católica francesa y trataba de gobernar Inglaterra como un déspota. Su nuevo hombre de confianza, el arzobispo Laud, estaba decidido a imponer a todos los ingleses las grandilocuentes ceremonias y la altanera autoridad de una iglesia anglicana que, al final, era igual de papista que la católica. Después de casarse, Adam y Abigail se quedaron unos años en Londres con la esperanza de que mejoraran las cosas. Para los puritanos todo fue a peor, sin embargo, de modo que Adam y Abigail se incorporaron al gran flujo emigratorio con destino a América.

Los ingleses se habían instalado en Virginia desde hacía dos generaciones. Por la época en que el Globe Theatre representaba las obras de Shakespeare en la orilla sur del Támesis, la mitad de la población de Londres fumaba tabaco de Virginia en sus pipas de arcilla. No obstante, el número de personas que se habían trasladado allí era aún muy bajo. Unos cuantos aguerridos viajeros se habían aventurado a ir a Massachusetts y habían nacido, asimismo, otros asentamientos, pero apenas se podía hablar de una verdadera emigración.

En la segunda mitad del reinado del rey Carlos, la tendencia se invirtió por completo, sin embargo. Los puritanos de Inglaterra comenzaron a irse. Venidos del sur, del este o del oeste, reunidos en grupos o a veces en familias, o en comunidades enteras, se embarcaban para cruzar el Atlántico. Apenas transcurría semana en que no partiera un navío de un puerto u otro. A partir de 1635, el rey Carlos de Inglaterra perdió en torno a una quinta parte de sus súbditos de esta manera. Personas de fortuna como Winthrop, jóvenes de po-

sibles como Harvard, comerciantes y menestrales, labradores y predicadores con sus esposas, hijos y criados... todos embarcaron hacia América para evitar al rey Carlos y a su arzobispo. Aquel flujo de personas, que se desarrolló en menos de una década, supuso la primera repoblación real de las colonias americanas.

Carlos I nunca manifestó el menor pesar por aquella pérdida. Para él suponía más bien una ganancia. En lugar de granjearle conflictos en Inglaterra, donde trataba de afianzar su autoritario gobierno, se habían ido a instalar por voluntad propia en las enormes extensiones de ultramar de su reino. Dondequiera que fueran en aquel vasto e inexplorado continente harían que dicho territorio fuera Inglaterra, puesto que aún seguían siendo súbditos suyos, del primero al último. En cuanto a la libertad de culto de que gozaban, quedaba a recaudo de la vista, y probablemente se podría corregir más adelante.

Adam y Abigail Master fueron a Boston. Les había gustado la línea de devoción dura y en ocasiones cruel de la congregación allí asentada. Al fin y al cabo, ellos no buscaban tolerancia; sólo pretendían fundar el reino de Dios. Su hijo mayor Eliot había seguido de cerca los pasos de sus padres. Concienzudo, prudente, decidido, era un hijo modélico según los cánones de la comunidad de Boston. Tom era harina de otro costal.

26

Tom Master era rubio, de ojos azules. Pese a la leve prominencia de su dentadura, las mujeres lo encontraban atractivo. De niño era delgado, movido, imaginativo. En la adolescencia, sólo con su porte dejaba traslucir agudeza y sentido del humor. Rebosaba vigor. Su conducta y los amigos de que se rodeaba dejaban, sin embargo, mucho que desear.

Lo cierto era que ya por aquel entonces no eran pocos —marinos y pescadores, comerciantes y granjeros, por no mencionar los representantes de oficios más viles— quienes demostraban más interés por el dinero que se podía ganar en Massachusetts que por la salvación de sus almas. La congregación imponía su voluntad hasta donde podía, pero había muchos renegados.

Y el joven Tom, muy a pesar de sus padres y de su hermano Eliot, parecía destinado a seguir la ruta del infierno. No rendía en los estudios; aunque tenía capacidad, no se aplicaba. Se emborrachaba y frecuentaba malas compañías. En una ocasión, faltó incluso al oficio del domingo. Su padre, que no había escatimado correctivos con él, al final tuvo que reconocer que no era una cuestión de disciplina ni de preceptos. En el interior de Tom había algo muy hondo que su padre no sabía cómo modificar.

Adam Master se había labrado un sólido porvenir practicando la abogacía. Había comprado una granja y era propietario de un barco. Eliot había estudiado derecho, pero quería ser predicador. Tom había trabajado de aprendiz con un comerciante y mostraba aptitudes para los negocios. Eso era algo, al menos.

Dos sucesos habían roto, no obstante, el corazón de su padre. El primero tuvo lugar cuando Abigail se hallaba en el lecho de muerte. Mandó llamar a su segundo hijo y, en presencia de su padre, le rogó que le jurase que nunca volvería a tomar una gota de licor en su vida. De este modo esperaba que, realizando aquel primer paso, lograría volver sobre el buen camino. ¿Y cuál fue la respuesta de él?

—Por Dios, mamá. Sabes que no te puedo prometer eso.

Eso fue lo que le dijo a su madre moribunda. Adam nunca pudo perdonárselo. No se peleaba con Tom, pues sabía que Abigail lo habría querido así; era educado y hacía cuanto se esperaba de un padre, pero sabía que Tom no era bueno.

Por ello cuando, a los diecinueve años, Tom tuvo su primera relación amorosa con la esposa de un virtuoso marino mientras éste se encontraba de viaje —el propio capitán del barco del que era dueño Adam—, su padre se esforzó por mantener en secreto el asunto para no perjudicar a Eliot, pero ordenó al joven Tom que abandonara Massachusetts de inmediato. Lo mandó, provisto de una seca carta de presentación, a ver a un comerciante que conocía en Londres, con instrucciones de que no regresara jamás.

Tom había partido exiliado al Viejo Mundo. No era digno del Nuevo.

A Tom le gustó Londres. El ambiente de la ciudad se adaptaba a su carácter. Pese a que Cromwell y los puritanos habían gobernado Inglaterra durante una década, el gran experimento de dirigir un país sin un rey había degenerado al final en una confusión que conllevó la imposición de una ley marcial. A la llegada de Tom, los ingleses habían restaurado en el trono al hijo del difunto rey, Carlos II, que era un monarca alegre. Su hermano menor James, duque de York, era rígido y altanero, pero el rey era flexible y prudente; no tenía deseos de ser derrocado como su padre. Después de años de exilio, quería divertirse y veía con buenos ojos que sus súbditos disfrutaran también. Era mujeriego y le encantaban las carreras de caballos y asistir a las representaciones de teatro. Demostraba, asimismo, un genuino interés por la ciencia.

El Londres que encontró Tom se hallaba en un momento de transición entre dos mundos: el medieval y el moderno. Gracias a la

expansión de los dominios británicos de ultramar, los mercaderes londinenses tenían muchas oportunidades de hacer fortuna. Los ricos aristócratas y terratenientes daban el tono en las tendencias de moda. Había toda clase de diversiones y espectáculos, y Tom lo pasó muy bien durante un año.

Al cabo de un tiempo, no obstante, comenzó a añorar América. No echaba de menos Boston ni su puritana familia, sino otro tipo de cosas que le costaba definir, cierta sensación de espacio, de contacto con nuevas fronteras, de la posibilidad de rehacer el mundo. En ello había un anhelo de libertad, la libertad de la naturaleza virgen, tal vez, aunque no alcanzaba a expresarlo en palabras.

Ahora, con la muerte de su padre, no había seguramente nada que le impidiera volver.

Había también otra cuestión que tener en cuenta. En Londres corría el rumor de que el rey Carlos II y su hermano James dedicaban un creciente interés a las colonias americanas. De ser cierto, aquello podría ser un acicate para un joven ambicioso como él para volver a asentarse en América.

¿Qué debía hacer, pues? ¿Quedarse y disfrutar de las diversiones de Londres o aventurarse a cruzar el océano? Sería fácil explicar al comerciante para el que trabajaba que, debido a la muerte de su padre, Eliot reclamaba su presencia en casa. En todo caso, con sus escasas pertenencias, no le llevaría mucho tiempo preparar el equipaje. El barco que tenía delante zarpaba al día siguiente hacia Boston y el capitán le reservaba una litera. ¿Debía aprovecharla?

Puso fin a las reflexiones y, con una carcajada, sacó una moneda del bolsillo y la lanzó al aire. Cara: Boston. Cruz: Londres.

Más arriba en el norte, el trueno dejaba oír su voz, pero al frente, donde el gran río se unía a las aguas del vasto puerto, había un lago de oro líquido.

La noche anterior, Van Dyck había intentado hacer comprender a Pluma Pálida el significado de aquel lugar usando un mapa que él mismo había dibujado.

—Esta línea que corre recta de arriba abajo —explicó, señalando con la caña de la pipa— es el Río del Norte. Si se viaja muchos días por su curso se encuentran grandes lagos y otros ríos que llegan hasta las regiones de hielo. A la izquierda del río —movió la pipa sobre el papel— se extiende todo el continente de América. A la derecha —apuntó una inmensa caña de tierra de forma triangular, cuya an-

cha base bañaba el Atlántico— están los territorios de Connecticut, Massachusetts y muchos otros lugares. Y aquí al lado está el gran océano que atravesó mi pueblo. —Trasladó la pipa al extremo meridional de la cuña para destacar otro sitio donde una larga isla, de unos treinta kilómetros de ancho y unos ciento cincuenta de largo, bordeaba en paralelo la cuña en medio del Atlántico, separada de ella por un largo y resguardado brazo de mar—. Tu pueblo vivió durante muchas generaciones en toda esta zona —añadió, señalando la parte inferior de la cuña y el cercano extremo de la isla—. Y esto es Manhattan —especificó, dando un golpecito a la punta del sur de la cuña.

Manna hata era un nombre indio que, por lo que él sabía, significaba simplemente «la isla». En realidad era una estrecha península, pero en su límite norte un estrecho desfiladero permitía el paso de un canal de agua que desde el Río del Norte se vertía en el brazo de mar contiguo a la isla larga (Long Island), lo cual convertía Manhattan, técnicamente, en una isla. De no haber sido por aquella, que la protegía como un rompeolas por el lado del océano, Manhattan habría estado expuesta a los embates del Atlántico. No obstante, gracias a aquella feliz circunstancia, al desembocar en la punta de Manhattan, el Río del Norte entraba en una espléndida y acogedora ensenada de unos seis kilómetros de ancho y diez de largo, un espacioso fondeadero al que los marineros llamaban Upper Bay (la Bahía de Arriba). Aquellas idóneas condiciones se completaban con los dos bancos de arena que impedían por el sur el contacto directo con el oleaje del Atlántico formando la Lower Bay o Bahía de Abajo, tan vasta que en su interior podrían haber atracado todos los barcos del mundo.

—Ésta es la puerta de entrada hacia el norte —había explicado.

Pluma pálida no comprendió, sin embargo. Y aunque siguió hablándole del comercio y el transporte, él advirtió que no alcanzaba a captar el significado del mapa del hombre blanco.

Desde los tiempos de Cristóbal Colón hubo blancos que acudieron a aquellos territorios. Al principio iban en busca de oro, o trataban de encontrar la ruta hacia Oriente. De un tal Verrazano, que llegó en 1524, quedó constancia de su nombre, pero otros muchos cayeron en el olvido. Y no siempre fueron blancos: el capitán portugués Gomez era negro. Éste se detuvo allí para apoderarse de unos sesenta indios de la zona con intención de venderlos como esclavos, tras lo cual se alejó de nuevo por el horizonte. Fue la llegada de otro blanco lo que entrañó un cambio radical para el pueblo del gran Río del Norte y su bahía.

Henry Hudson era un inglés que contrató la potencia rival, Holanda, para descubrir una ruta marítima hacia China por el este. Después de inspeccionar el legendario paso del noreste por el lado de Rusia y llegar a la conclusión de que era inviable, buscó una posible vía por el noroeste. Fue Hudson quien se aventuró a entrar en la bahía situada debajo de Manhattan y quien remontó el gran río durante días hasta dictaminar que por allí no se llegaba a China.

—Aunque no conduzca a China —informó a los holandeses a su regreso—, el territorio es magnífico, y hay muchísimos castores.

Las gentes del norte de Europa sentían una codicia insaciable en lo que a los castores se refería.

—El castor es una criatura muy útil —aleccionaba Van Dyck a sus hijos—. Su aceite cura el reumatismo, el dolor de muelas y el malestar digestivo. El polvo de sus testículos, disuelto en agua, puede devolver la cordura a los idiotas. Su piel calienta mucho.

En realidad, lo que realmente despertaba las ansias de los hombres era la suave piel que tenían bajo la pelambre por un motivo concreto: porque podía transformarse en fieltro. Los sombreros se confeccionaban con fieltro y todo el mundo quería poseer uno, pese a que sólo los ricos podían permitírselo. Los sombrereros que los hacían se volvían locos a veces, envenenados por el mercurio que se usaba para separar el fieltro de la piel. Van Dyck reconocía para sus adentros que también era una locura que tan sólo por la moda de llevar cierta clase de sombrero se llegara a fundar una colonia, un imperio tal vez, para lo cual los hombres arriesgaban la vida y mataban a otros. Así eran las cosas, sin embargo. Si la costa nororiental del Atlántico la habían colonizado a fin de comerciar con el pescado, la gran bahía de Nueva Ámsterdam y su gran Río del Norte atraía a los colonos por el proceso de fabricación del sombrero de fieltro.

Como muestra de gratitud al intrépido explorador, al referirse al gran río del norte, Van Dyck y los comerciantes de pieles como él a menudo lo llamaban el río Hudson.

—Aquí la tienes. La Nueva Ámsterdam.

El holandés sonrió al ver que su hija se estremecía de alborozo. Ante ellos, la punta meridional de Manhattan surgía entre la inmensidad de la bahía. Las gaviotas revoloteaban sobre las suaves olas del agua. El aire tenía un vigorizante olor salobre.

Pluma Pálida observó las grandes aspas del molino de viento y la compacta masa del fuerte que presidía los muelles. Mientras bordeaba

ban el extremo de Manhattan, donde las casas de los comerciantes se concentraban formando un simulacro de calles, Van Dyck fue señalándole algunos lugares destacados.

—¿Ves esas casas que hay cerca del fuerte? Tu pueblo tenía un campamento allí antes de que llegaran los blancos. Dejaron unos montones tan grandes de conchas de ostra que le pusimos el nombre de De Peral Straet, la calle de las perlas. Esa casa de color claro es de Stuyvesant. La llaman la Mansión Blanca.

Después de doblar la punta meridional, se desviaron por el largo y ancho canal que ascendía por el lado oriental de Manhattan. Pese a que no se trataba de un río, a aquel curso de agua lo denominaban el East River. Van Dyck señaló el terreno que se extendía en la otra orilla.

—Brooklyn. —Los holandeses le habían puesto el mismo nombre que una localidad próxima a Ámsterdam.

—La tierra de mi pueblo —dijo la niña.

—Sí, allí era.

El muelle lo habían construido en el lado oriental de la punta. La canoa se dirigió hacia él. No lejos, había varios barcos fondeados en el East River. Un buen número de miradas se posaron en ellos cuando atracaron.

Enseguida llegaron a un acuerdo para trasladar las pieles a los espaciosos almacenes de la Compañía de las Indias Occidentales por medio de unas grandes plataformas de tracción manual. Van Dyck caminaba junto a éstas en compañía de Pluma Pálida, saludando con sobrias inclinaciones de cabeza a los conocidos con los que se cruzaba. En las proximidades del puerto había gentes de toda especie: marineros de camisas desabrochadas, comerciantes de pantalones abombachados y hasta algún dómine tocado con su alto sombrero cónico de ala ancha. Mientras se alejaban de los muelles, se encontraron con dos comerciantes, Springsteen y Steenburgen, acaudalados personajes que merecían que efectuara un alto para intercambiar saludos.

—Vuestra esposa estaba conversando con Stuyvesant al lado del fuerte, meinheer Van Dyck —le informó Springsteen.

—Podréis verla en cuestión de un minuto —añadió Steenburgen.

Van Dyck lanzó una maldición para sus adentros. El día anterior había concebido un sencillo plan que ahora se desbarataba: sus empleados descargarían la barca y la canoa india y los indios esperarían la marea alta para regresar; con eso tendría tiempo suficiente para

mostrarle la ciudad a Pluma Pálida y darle unas cuantas galletas holandesas a modo de agradable culminación del escaso tiempo que habían pasado juntos. Entonces los indios se la llevarían de nuevo río arriba y él se iría con su esposa y sus hijos.

En principio, aun cuando Margaretha se enterase de que estaba en el muelle, deduciría que tenía que ocuparse de sus negocios y el almacenamiento de la mercancía y lo esperaría en la casa. No había previsto que se encontrara al lado del mar, en el fuerte.

Bueno, de todos modos mantendría la promesa que le había hecho a su hija, pero tendría que proceder con cautela.

—Vamos, Pluma Pálida —dijo.

No era fácil mantener la guardia alta por si aparecía su esposa y enseñarle a la vez las cosas a Pluma Pálida. Ésta se mostraba, con todo, satisfecha, y él se dio cuenta de que estaba orgulloso de la ciudad. No se podía negar que Stuyvesant había introducido mejoras. Se había adoquinado la amplia y fangosa avenida contigua al agua, e incluso en la zona de mayor actividad, próxima al mercado, las picudas casas disponían de espaciosos y cuidados jardines. Siguiendo hacia el este, atravesaron el pequeño canal y llegaron al ayuntamiento, el Stadt Hays. Era un edificio provisto de una puerta central, tres hileras de ventanas y otras dos más en la empinada mansarda, rematada con una plataforma rodeada de una barandilla. Se elevaba entre medio de un grupo de otros edificios como una de tantas sedes comerciales, contemplando imperturbable el East River. Delante del Stadt Huys había un par de picotas para castigar a los malhechores. Tuvo que explicar a Pluma Pálida cómo exponían en ellas a las personas a la humillación pública.

—Más allá —continuó, señalando otro punto cercano a la orilla—, tenemos también un patíbulo donde estrangulan hasta morir a los que han cometido delitos más graves.

—Mi pueblo no tiene esa costumbre —comentó la niña.

—Lo sé —repuso él con ternura—, pero nosotros sí.

Se habían detenido delante de una taberna donde bebían unos cuantos marineros cuando desde detrás de una esquina, vestida con un holgado vestido y con una pipa en la mano, salió caminando tranquilamente Margaretha van Dyck.

Margaretha observó a su marido y a la niña. Hacía tan sólo unos minutos que la esposa de meinheer Steenburgen le había informado de que Van Dyck estaba en la ciudad. Tal vez fueran imaginaciones

suyas, pero cuando la mujer le dio la noticia, Margaretha creyó advertir en sus ojos un curioso brillo, la clase de mirada que se dedica a la esposa cuyo marido ha sido visto con otra, y aquello la había puesto en guardia.

¿Le haría algo así Dirk, en público? Pese al frío que de repente la invadió, logró dominarse y sonreír a la comadre como si hubiera estado esperando la llegada de su marido para ese mismo día.

Y allí estaba con una niña india. No con una amante, en cualquier caso, sino con una niña que se veía... de piel un poco demasiado clara para ser de pura raza india, tal vez.

—Ya has vuelto —dijo, antes de dispensarle un somero abrazo. Luego retrocedió.

—Sí. Estamos descargando en el almacén.

¿Estaba nervioso? Quizá.

—¿Ha sido fructífero el viaje?

—Mucho. He traído todas las pieles que necesitaba y también una canoa india, para que vuelvan en ella.

—Estupendo. —Miró a Pluma Pálida—. ¿Quién es esta niña?

Dirk van Dyck lanzó una ojeada a Pluma Pálida y se preguntó si comprendería lo que decía. De repente se dio cuenta de que no tenía modo de saberlo. Algunos indios hablaban holandés, pero él siempre había hablado con su hija en su lengua materna. Para sus adentros, se puso a rezar.

—Ha venido con los indios en la canoa —respondió con frialdad—. Es del clan de la Tortuga.

Entre los indios de la zona, la pertenencia al clan, o la fraternidad, se transmitía por línea materna, de tal modo que uno pertenecía al clan de la madre y no al del padre.

—Yo soy amigo del clan de la Tortuga —añadió Van Dyck.

Margaretha observó a Pluma Pálida con aire pensativo.

—¿Conoces a la madre?

—No. Está muerta.

—Esta niña parece mestiza.

«¿Lo habrá adivinado?», pensó con un arrebato de miedo que procuró sofocar.

—A mí también me lo parece.

—¿Y el padre?

—¿Quién sabe? —contestó, encogiéndose de hombros.

Su esposa dio una chupada a la pipa.

—Estas indias son todas iguales.

Era curioso, meditó Van Dyck. Pese a su religión calvinista, las

mujeres holandesas solían tener amantes antes de casarse, y aquella práctica era tolerada. Sin embargo, debido a que algunas indias —cuyo pueblo se había visto desposeído de todo por los blancos— se habían visto obligadas a vender su cuerpo en las bases comerciales a cambio de unas reducidas sumas de dinero cuyo valor no comprendían, su esposa creía que todas las indias eran prostitutas.

—Eso tampoco es cierto —se apresuró a disentir Van Dyck.

—Es una preciosidad. —Margaretha expulsó el humo por la comisura de la boca—. Lástima que luego se vuelvan feas de mayores.

¿Tenía razón? ¿Se volvería fea su hija antes incluso de que él hubiera muerto? Advirtió que Pluma Pálida tendía la mirada al frente, como paralizada. ¡Dios santo! ¿Habría comprendido lo que decían? ¿O lo habría acaso adivinado por el tono de las voces?

Dirk van Dyck amaba a su esposa. Quizá no la quería tanto como debería, pero reconocía que a su manera era una buena mujer, y también una buena madre para sus hijos. Sospechaba que ningún matrimonio era perfecto y pese a los defectos que aquejaban el suyo, sabía que en ese sentido era tan culpable él como ella. Le había sido fiel siempre... con una excepción, la de la madre de Pluma Pálida, a la que consideraba como un caso especial.

34

En cualquier caso, Margaretha no tenía motivos para suponer que Pluma Pálida era su hija. Eso descontando su intuición femenina, desde luego.

—No la traigas a casa —le dijo en voz baja Margaretha.

—Por supuesto que no —respondió de manera mecánica.

Lo había adivinado; estaba casi seguro de ello. ¿Lo iba a abrumar con acusaciones cuando llegara a casa? ¿Le haría una escena? Era posible. En tal caso no tenía más que negarlo con aplomo, con lo cual ella quedaría como una necia. Margaretha era demasiado orgullosa para exponerse a eso.

De todos modos, esperaba no haberla herido.

—Mándala a otro lado —le indicó con firmeza Margaretha—. Tus hijos te están esperando.

Después dio media vuelta para marcharse.

No podía reprochárselo. En realidad, admiraba su actitud. Estaba reaccionando con dignidad, preservando la unión de su familia.

Entonces miró a Pluma Pálida. Aunque seguía con la mirada tendida a lo lejos, la consternación de su expresión era inconfundible: lo había captado todo a partir del tono de las voces y las caras. El tiempo mágico que le había prometido se estaba transformando en pena y dolor. Sin quererlo, la había traicionado. Asaltado por una intensa

oleada de remordimientos, sintió que no podía abandonarla de ese modo.

Margaretha se alejaba. El dolor que pudiera haberle causado se lo había infligido ya. Además, ella era un mujer adulta y fuerte, mientras que la niña era un ser inocente, arguyó para sí mientras trataba de idear una estrategia.

—Todavía me quedan cosas por terminar, Greet, después de que se vayan los indios —le dijo, elevando la voz—. Tengo que ir a la *bouwerie* de Smit; ya sabes que una cuarta parte de las pieles son para él. —Era verdad que debía ir a ver al granjero, aunque en principio no tenía intención de hacerlo ese día—. Diles a los niños que iré a casa mañana.

—¿Y cuándo tienes pensado volver a marcharte? —planteó ella, volviéndose.

—¿Marcharme? —Esbozó una sonrisa—. Dentro de unos meses.

Margaretha asintió. ¿La habría tranquilizado la respuesta?

—Hasta mañana entonces —dijo.

Permanecieron callados un rato. Tenía ganas de abrazar a Pluma Pálida, de consolarla, pero no se atrevió. Caminaron pues en silencio por la calle, hasta que por fin ella habló.

—¿Es tu esposa?

—Sí.

—¿Es una buena mujer?

—Sí, una buena mujer.

Siguieron andando unos pasos.

—¿Me vas a enviar de vuelta ahora?

—No. Ven conmigo, hija mía —le dijo, sonriéndole.

Tardó menos de una hora en tenerlo todo listo. Mandó a uno de sus empleados a buscar su caballo. También compró comida y dos mantas. Luego, después de administrar instrucciones a los indios, se puso en marcha en compañía de Pluma Pálida.

La vía principal de salida de Nueva Ámsterdam era una ancha carretera que tenía su inicio en el mercado, delante del fuerte, y atravesaba la mitad occidental de la ciudad hasta llegar a la empalizada.

Van Dyck cabalgaba despacio. Pluma Pálida caminaba satisfecha a su lado. Las casas holandesas pronto dieron paso a primorosos terrenos de cultivo y huertas. Luego salieron de la ciudad por una puerta de la empalizada dotada de un baluarte de piedra. El amplio

camino se prolongaba en línea recta durante un centenar de metros, dejando atrás un cementerio y un molino, y después giraba a la derecha. En la orilla del East River pasaron junto a una pequeña plantación de tabaco y un pantano. Poco después encontraron, a la izquierda, un gran estanque. A partir de allí, la carretera seguía en dirección norte hasta el extremo de la isla.

La isla de Manhattan era un lugar extraño: sólo tenía un par de kilómetros de ancho más o menos, pero una longitud de cuarenta y cinco. En su estado original, compuesta de pantanos, prados y bosques salpicados de cerros y riscos, había sido un magnífico territorio de caza para los indios. De hecho, aquella misma ruta por la que transitaban había sido ya un antiguo sendero indio.

Los indios que había ocupado la isla se llamaban manates. Eran tan sólo uno de los numerosos grupos de pueblos de lengua algonquina que tenían asentamientos en la zona. Al otro lado del East River, en Brooklyn, estaban los indios canarsi; en el otro margen de la bahía, en la amplia franja de tierra a la que los holandeses denominaban Staten Island, vivían los raritan. Un poco más al norte, junto al gran río, se encontraban los hackensack y los tappan. Había una veintena de grupos distintos. Desde el comienzo, los blancos habían advertido que todas aquellas gentes eran bien parecidas: los hombres eran altos y airosos y las mujeres tenían unas facciones delicadas. Al bajar la mirada hacia la niña que caminaba a su lado, Van Dyck experimentó un sentimiento de orgullo.

Eran, no obstante, pocos los blancos que se dignaban observar a los indios. Tal vez ni él mismo lo habría hecho, de no haber sido por la madre de la niña.

Hasta el asentamiento de Manhattan había nacido rodeado de confusión. Cuando los indios locales aceptaron un paquete de mercancías de manos de Pierre Minuit, lo hicieron pensando que los blancos les ofrecían el regalo que habitualmente se recibía por el derecho de compartir los terrenos de caza durante una temporada o dos. Según la práctica de los europeos, aquello era comparable a un alquiler. Dado que los indios no poseían individualmente la tierra, ni siquiera eran capaces de concebir la idea de que Minuit pretendiera comprarles el territorio a perpetuidad. De todas maneras, tampoco a los buenos burgueses de Nueva Ámsterdam les habría importado mucho aquello si lo hubieran entendido, pensó con ironía Van Dyck. La noción de derechos sobre tierras que tenían los holandeses era práctica y simple: quien se instalaba en ella, pasaba a ser su propietario.

No era de extrañar, pues, que se hubieran producido fricciones a lo largo de los años. Agraviados, los indios habían atacado. Los asentamientos periféricos de la parte superior habían sido abandonados. Incluso allí en Manhattan, la aldea de Bloomingdale, situada unos kilómetros más al norte en el lado occidental, y la de Harlem, en el norte, habían sufrido graves daños.

Al final, sin embargo, siempre era el blanco el que acababa quedándose con más territorio. A los patronos holandeses se les concedían vastas extensiones de tierra en la zona contigua al río. Un danés llamado Bronck había pagado a los indios para que desalojaran la enorme finca que poseía justo al norte de Manhattan. En los terrenos de Bronck y en las partes más desiertas de Manhattan todavía subsistían algunos reducidos grupos de indios. Eran los últimos.

Después de recorrer unos siete kilómetros, al llegar a una zona boscosa del centro de la isla Van Dyck decidió parar a comer. Por un estrecho sendero que seguía en dirección oeste, entre valles y riscos, llegaron a un claro donde las fresas silvestres daban una nota de color a la hierba. Van Dyck desmontó allí y ató el caballo a un árbol. Después extendió una manta en el suelo e invitó a Pluma Pálida a sentarse.

—Ahora veamos qué ha traído tu padre —dijo, sonriendo.

Había sido bastante sencillo comprar gachas de maíz, pasas, nueces americanas y unos pedazos de carne ahumada... la combinación que los indios llamaban «*pimekan*». También había adquirido ensalada de repollo holandesa y pan de centeno. Además, había traído algunas golosinas holandesas, como chocolate y galletas, capaces de hacer las delicias de cualquier niño. Sentados uno junto al otro, padre e hija compartieron con alegría la comida. La pequeña acababa de comer la primera galleta cuando se volvió hacia él para hacerle una pregunta.

—¿Crees que debería hacerme un tatuaje?

Van Dyck calló un momento, observándola con embeleso. Llevaba los piecillos calzados con mocasines y la larga cabellera negra atada con una correa. Al igual que la mayoría de niñas indias de su edad, durante los meses de calor sólo se cubría la parte inferior del cuerpo con una falda de piel de ciervo que le llegaba a las rodillas. En el torso desnudo descansaba sólo el pequeño colgante; aún no habían comenzado a despuntarle los pechos. Su piel, que protegía del sol y de los mosquitos una fina capa de aceite de mapache, era perfecta. Cuando fuera mayor, seguramente se aplicaría un poco de pintura roja en las mejillas y maquillaje oscuro en torno a los ojos. Has-

ta entonces, él deseaba que siguiera siendo la misma niña encantadora de siempre. Tampoco era que las mujeres indias se adornaran con grandes tatuajes como los hombres, pero aun así...

—Creo que deberías esperar a que te cases —opinó con tacto—, para elegir entonces un tatuaje que sea del agrado de tu marido.

La chiquilla asintió tras un instante de reflexión.

—Esperaré.

Luego permaneció en silencio, pero él tuvo la impresión de que estaba cavilando algo. Al cabo de un poco se decidió a hablar.

—¿Has matado alguna vez un oso?

Ése era el rito iniciático. Entre su pueblo, para convertirse en un hombre todo el mundo debía haber matado un ciervo según el debido procedimiento. Así se demostraba que se era capaz de alimentar a una familia, pero para demostrar que uno era realmente valiente, debía culminar una proeza más difícil y peligrosa: matar un oso. El hombre que lo lograba estaba considerado como un auténtico guerrero.

—Sí —respondió. Siete años atrás, estando en territorio iroqués, los indios le habían avisado de que varios hombres habían sido atacados hacía poco en el sendero de montaña por el que iba a viajar. Los osos no solían atacar, pero cuando lo hacían eran temibles. Se marchó pues preparado. Cuando la fiera apareció de repente y se abalanzó a toda velocidad hacia él, tuvo suerte de matarla de inmediato con un solo disparo de mosquete—. Era un oso negro —explicó—, fue en las motañas.

—¿Lo mataste solo?

—Sí.

Aunque no efectuó ningún comentario, él percibió que le complacía saber que su padre era un verdadero guerrero.

Era poco después de mediodía. El sol entraba a raudales entre las hojas, desparramándose sobre la hierba salpicada de fresas. Con un sentimiento de paz, Van Dyck recostó la cabeza. El plan que había elaborado de forma tan repentina consistía en pasar todo el día con ella. A la mañana siguiente, los indios se reunirían con ellos en la punta norte de la isla y se llevarían a Pluma Pálida en la canoa. Entonces él podría volver pasando por la *bouwerie* de Smit y estar de regreso en casa mucho antes del anochecer. Era un buen plan que les proporcionaba tiempo de sobra. Cerró los ojos.

Debía de llevar unos minutos dormitando cuando, al incorporarse, advirtió que Pluma Pálida había desaparecido.

Miró en derredor. No había rastro de ella. Torció el gesto y, por

un momento, sintió que le atenazaba el miedo. ¿Y si le había ocurrido algo? Estaba a punto de llamarla cuando percibió un leve movimiento. A unos cien metros de distancia, entre los árboles, un ciervo había levantado la cabeza. Instintivamente, se mantuvo quieto, sin hacer ruido. El animal miró hacia él, pero no lo vio. Luego agachó la cabeza.

Entonces vio a Pluma Pálida. Estaba a la derecha, junto a un árbol, a contra viento en relación al ciervo. Se llevó los dedos a los labios para reclamarle silencio y después salió de su escondite.

Van Dyck había presenciado muchas veces cómo se acechaba al ciervo, y también lo había practicado él mismo, pero nunca había visto nada igual a aquello. Deslizándose cautelosamente entre los árboles, ella parecía más ligera que una sombra. Aguzó el oído para captar hasta el más tenue roce de los mocasines en el musgo. Nada. A medida que se acercaba, se iba encogiendo igual que un gato en pos de una presa, cada vez más abajo, caminando como en suspenso, ligera como un cabello. Se encontraba ya detrás del ciervo, a tan sólo quince metros... luego diez... cinco. El animal aún no se había percatado de su presencia. Van Dyck no se lo podía creer. La pequeña estaba detrás de un árbol, a tres pasos del ciervo, que pastaba como si nada. Ella esperó. Luego el animal levantó la cabeza y al cabo de un minuto la volvió a agachar. Entonces Pluma Pálida dio un brinco y surcó el aire como un relámpago. Sobresaltado, el ciervo dio un salto y se alejó corriendo entre los árboles... antes, sin embargo, la niña lo había tocado, lanzando un grito de júbilo.

Después, se fue riendo al encuentro de su padre, que la recibió con los brazos abiertos. El holandés Dirk van Dyck tomó conciencia de que nunca había experimentado, ni experimentaría, un orgullo más profundo por cualquiera de sus hijos del que sentía en ese momento por aquella elegante hijita india.

—¡Lo he tocado! —gritó con alborozo.

—Sí —confirmó, abrazándola.

Era increíble que él fuera el padre de una criatura que era perfecta, pensó sacudiendo la cabeza con asombro.

Permanecieron así sentados, juntos, un rato. A ella no parecía molestarle que no hablaran. Él se planteaba si no deberían ponerse en marcha cuando la niña inició una conversación.

—Háblame de mi madre.

—Veamos —dijo a modo de preámbulo—. Era hermosa. Tú eres como ella.

Rememoró su primer encuentro en el campamento del brazo de

mar, donde su pueblo solía recoger moluscos en verano. En lugar de las alargadas construcciones comunitarias, su tribu erigía tipis cerca del agua. Después de secar los crustáceos, los raspaban para desprender las conchas, que enterraban, y guardaban las ostras, mejillones y almejas secos para utilizarlas posteriormente para la preparación de sopas. ¿Por qué le llamó tanto la atención aquella mujer en concreto? ¿Porque no tenía pareja? Tal vez. Había estado casada pero había perdido a su marido y a su hijo. Aunque también podría haber sido por el brillo especial de curiosidad que había en sus ojos, desde luego. La atracción fue mutua. Entonces tenía, sin embargo, asuntos que atender y entre ellos sólo medió una conversación antes de que volviera a ponerse en camino.

Una semana después, regresó al campamento.

Fue durante el tiempo que pasó con ella cuando de veras llegó a conocer a los indios. Comprendió, asimismo, por qué algunos colonos holandeses, al no tener mujeres de su país, se casaban con indias y después se negaban a dejarlas pese a la presión de las autoridades religiosas. Ella era ágil como un animal salvaje y, sin embargo, cuando estaba cansado o enojado, podía mostrarse más tierna que una paloma.

40

—¿La querías mucho?

—Sí, mucho. —Era cierto.

—Y después me tuvisteis a mí.

Según los usos de su pueblo, en la gran familia compuesta por el clan de la madre siempre se hacía un hueco para aquellos niños llegados de forma irregular.

—Si no hubieras tenido una esposa en el puesto de comercio de los blancos, te habrías casado con mi madre ¿verdad?

—Por supuesto. —Era una mentira, pero la formuló con buena intención.

—Siempre volvías a verla.

Hasta aquella terrible primavera de hacía tres años, cuando al llegar al pueblo se enteró de que la madre de Pluma Pálida estaba enferma.

—«Ayer estuvo en la choza para sudar —le explicaron—, pero no mejoró. Ahora están con ella los chamanes.»

Conocía sus costumbres. Incluso para una fiebre acusada, los indios se retiraban a una pequeña cabaña que calentaban con piedras candentes hasta que adquiría la temperatura de un horno. Después de permanecer sentado allí sudando por todos los poros, el enfermo salía y se sumergía en las frías aguas del río. Luego se envolvía con

una manta y se secaba junto al fuego. Aquel tratamiento a menudo daba resultado. En caso contrario estaban los chamanes, especialistas en curas a base de hierbas.

Cuando se acercaba a la casa donde yacía, de ella salió un anciano.

—Sólo los *meteinu* pueden ayudarla ahora —le anunció con pesar.

Los *meteinu* tenían poderes especiales, superiores a los de los chamanes normales. Ellos se comunicaban con el mundo del espíritu y conocían el secreto de los hechizos. Si sólo podían ayudarla ellos, era que estaba en el umbral de la muerte.

—¿Qué enfermedad padece? —preguntó Van Dyck.

—Unas fiebres. —El hombre esbozó una mueca—. La piel...

Pareció que señalaba marcas de viruela, antes de alejarse.

Marcas de viruela. El holandés se estremeció de miedo. La peor maldición que había traído el hombre blanco a América era la enfermedad. Gripe, paperas, varicela... enfermedades frecuentes en el Viejo Mundo frente a las cuales los indios no tenían resistencia alguna. A causa de ellas habían perecido pueblos enteros. La mitad de la población autóctona de la región probablemente había desaparecido de ese modo. La malaria había llegado con los barcos de los blancos, y también la sífilis, pero la dolencia de importación más temible fue la viruela. El año anterior, sin ir más lejos, aquel terrible azote había exterminado a una tribu que vivía al sur de los Nuevos Países Bajos, y después se había declarado incluso en Nueva Ámsterdam. ¿Sería viruela?

Entonces hizo algo terrible. Podía aportar una explicación para ello, desde luego. Debía pensar en sí mismo, en su esposa e hijos, en las buenas gentes de Nueva Ámsterdam. El dómine le habría dicho que optase por el bien mayor. Su actuación estuvo justificada, sí. Obró de manera correcta cuando tras un momento de vacilación, evitando incluso a Pluma Pálida, se apresuró a regresar a su barca para alejarse río abajo.

¿No habría podido esperar, sin embargo, en lugar de huir como un cobarde? En el momento en que su familia se preparaba para estar a su lado, él había abandonado a su mujer india. ¿No podría al menos haber visto a la niña? El dolor y el atroz sentimiento de vergüenza lo seguían atormentando aún. Varias veces al año se despertaba en plena noche, llorando horrorizado por lo que había hecho.

Un mes después, a su regreso, encontró a Pluma Pálida a buen recaudo en el seno de su amplia familia. Entonces supo que su madre murió un día después de que él huyera, no de viruela, sino de paperas.

Intentó compensar su error de cara a su hija. Cada año, cuando su pueblo celebraba la festividad de los difuntos, acudía a su lado. Normalmente nadie hablaba de los muertos, pero en esas fechas del año era correcto hacerlo y rezar por sus almas. Eso era lo que había estado haciendo los días previos, antes de llevar consigo a Pluma Pálida en la canoa.

—Dime lo que recuerdas de mí cuando era más pequeña —le pidió la niña.

—Deberíamos continuar —dijo—. Te lo contaré de camino.

Dejaron pues atrás el claro donde abundaban las fresas para retomar el antiguo sendero indio, y mientras seguían adelante, él hizo lo posible por evocar todas las pequeñas anécdotas que recordaba de su niñez, de los días que había pasado junto a ella y su madre. Aquello pareció complacer a Pluma Pálida. Al cabo de un rato, aunque no estaba cansada, la subió al caballo delante de él.

Llegaron a la punta de Manhattan mucho antes del anochecer y acamparon en un elevado terreno, encima de unas cuevas indias. Envueltos en las dos mantas, contemplaron el despejado cielo tachonado de estrellas.

—¿Sabes dónde está ahora mi madre? —preguntó la pequeña.

—Sí. —Estaba al corriente de las creencias de los indios. Con el brazo señaló la franja de la Vía Láctea—. Su espíritu ha viajado por la senda de las estrellas hasta el decimosegundo cielo. Está con el Creador de todas las cosas.

La niña guardó silencio, tanto que él pensó que quizá se habría dormido, pero entonces volvió a hablar, con voz soñolienta.

—Yo pienso a menudo en ti.

—Yo también pienso en ti.

—Aunque no me puedas ver, siempre me puedes oír.

—Dime cómo.

—Cuando sopla una brisa suave, escucha la voz del viento que suspira en los pinos. Entonces me oirás.

—Escucharé —le prometió.

A la mañana siguiente descendieron hasta la costa y encontraron a los dos indios con la gran canoa. Allí se despidieron y luego Dirk van Dyck se fue a casa.

Margaretha van Dyck esperó tres semanas. Era una tarde de domingo. Su marido había leído un cuento a los niños, incluido Quash, el niño esclavo, en el salón mientras ella escuchaba sentada en un si-

llón. Aquéllos eran los momentos en que más le gustaba su marido. Su hijo Jan era un niño fuerte de trece años, con una abundante mata de pelo castaño, que admiraba a su padre y quería seguir sus pasos. Dirk lo llevaba al almacén de la compañía, le explicaba el funcionamiento de los barcos, los puertos donde hacían escala y las rutas comerciales que debían seguir sus capitanes. A ella Jan le recordaba también a su propio padre. Era de naturaleza menos rebelde que Dirk, más aficionado al hogar y a las cuentas. Seguramente le iría bien en la vida.

Unos años atrás habían perdido dos hijos a causa de unas fiebres. Había sido un golpe tremendo. La llegada de la pequeña Clara había supuesto, no obstante, una compensación. A los cinco años, con su cabello rubio y ojos azules, parecía un ángel. Era una niña dulce, magnífica. Su padre la adoraba.

En lo tocante al niño esclavo, Quash, todo se desarrollaba bien. Tenía más o menos la misma edad que Jan, con quien le habían permitido jugar cuando era más pequeño. También era muy bueno con Clara, aunque sabía mantenerse en el lugar que le correspondía.

Observando a su marido mientras leía con satisfacción el cuento a la familia, Margaretha pensó que quizá todavía había posibilidades de que su matrimonio fuera feliz, siempre y cuando introdujera ciertos cambios.

Por ello cuando, una vez terminada la lectura, mientras los niños estaban en casa de un vecino, su marido le comentó que pronto tendría que realizar otro viaje río arriba, asintió tranquilamente. A continuación, tendió la trampa.

—Estaba pensando, Dirk, que es hora de que te integres en un sindicato.

—No me lo puedo permitir.

Aun así, ella advirtió que había prestado atención.

Dirk van Dyck era un lince para el negocio de las pieles. Un cuarto de siglo atrás, cuando la Compañía de las Indias Occidentales todavía mantenía el monopolio del comercio del puerto, habría sido una figura más destacada. Desde entonces, no obstante, la economía de Nueva Ámsterdam se había diversificado y prosperado de manera considerable; y era el selecto círculo de las familias principales —los Beekman, los Van Rensselaers, los Van Cortlandt y unos cuantos más— quienes formaban los sindicatos que financiaban el transporte por barco del tabaco, azúcar, esclavos y otras mercancías. Aquél era un sector donde uno podía hacer fortuna, a condición de pagar el precio inicial.

—Es posible que tengamos más dinero del que piensas —señaló ella. Había empleado el plural, que los englobaba como un equipo a ambos, marido y mujer. Lo había dicho como si ambos compartieran el dinero, pese a que sabían que no era así. A la muerte de su padre, acaecida seis meses atrás, Margaretha había recibido su herencia y, según los acuerdos prematrimoniales, su marido no tenía ningún control sobre su fortuna. Tampoco ella le había dejado entever hasta dónde alcanzaba su cuantía—. Yo creo que podríamos invertir un poco en un sindicato —añadió.

—Entraña un riesgo —advirtió él.

Ella lo sabía. Algunos de los principales inversores de la colonia eran viudas y esposas ricas. Las había consultado a todas.

—Desde luego. Pero yo tengo confianza en tu buen juicio.

Observó cómo reflexionaba. Probablemente había adivinado qué intenciones la guiaban, pero de todas maneras su oferta era de las que no se rechazaban así como así. Al final, él sonrió.

—Mi querida esposa —repuso con afectuoso tono—, me honra la confianza que depositas en mí y haré todo lo que pueda por el bien de nuestra familia.

Había sido la mujer más rica de la colonia, una viuda que acababa de casarse por tercera vez con un hombre más joven que ella, la que le había dispensado un útil consejo.

—No intentes mandar a tu marido. Lo que hay que hacer es preparar las condiciones en las que él toma sus decisiones.

Margaretha calculaba que Van Dyck no tardaría mucho en tomar el gusto a las transacciones financieras de mayor cuantía y a la vida social que conllevaba. Pronto estaría demasiado ocupado en Nueva Ámsterdam para irse por aquellos mundos de Dios en busca de indias. Y una vez se hubiera acostumbrado a aquella nueva vida, tendría demasiado miedo de que ella lo dejara sin financiación, aun cuando estuviera tentado de descarriarse.

—De todas maneras tendré que ir al norte —señaló.

—¿Ah, sí? —inquirió, frunciendo el entrecejo.

—No puedo abandonar los negocios que tengo entre manos. Por lo menos, no todavía. Aún necesitamos tener entradas de dinero ¿no?

La mujer vaciló. En realidad, las ganancias que él lograba eran útiles, y a no ser que quisiera especificarle de cuánto capital disponía exactamente, su argumento era sensato. De todas maneras, percibía sus intenciones. Pretendía desprenderse del anzuelo, el muy maldito. ¿Tendría una mujer por aquellos parajes salvajes? ¿O varias?

Aquella niña india era hija suya, estaba segura. Aquello podía acarrearle graves complicaciones. Movidado por su pasión por el orden moral, Stuyvesant había llegado a declarar ilegal el hecho de mantener relaciones sexuales con los indios. No obstante, pese a su mortificación, tampoco resolvería nada haciendo comparecer a su marido ante el tribunal del gobernador. No, tenía que mantener la calma. Que se debatiera tanto como quisiera, porque al final ella lo ganaría a base de astucia. Lo mantendría tan ocupado que no tendría tiempo para irse largas temporadas a los territorios del norte.

—Tienes razón —concedió con dulzura, para que creyera que se salía con la suya.

Las semanas siguientes fueron muy fructíferas para Dirk van Dyck. Pronto se asoció con un grupo de mercaderes que mandaban tabaco a las grandes fábricas de la vieja Ámsterdam, al otro lado del Atlántico, donde se mezclaba y aromatizaba. Junto con Margaretha, acudió a recepciones en las casas de importantes comerciantes donde apenas había puesto los pies con anterioridad. Se compró un sombrero nuevo e incluso unas cuantas medias de seda fina. En su casa decoraron la chimenea del salón con bonitos azulejos azules y blancos. Margaretha incluso tomó a su cargo al chico esclavo Quash, que antes se ocupaba de diversas tareas domésticas, lo vistió con uniforme y le enseñó a servir la mesa. Cuando el anciano dómine les hizo el honor de acudir a su morada, no escatimó elogios alabando la elegancia del pequeño esclavo.

Un día de junio, cuando Van Dyck dio por concluida una partida de bolos en una taberna, un joven comerciante holandés se dirigió a él dándole tratamiento de Jefe. Cuando un holandés lo llamaba a uno «*baas*», significaba que era un hombre importante, digno de respeto. Aquello le insufló una nueva confianza. Su mujer, además, parecía encantada con él.

Por ello, cuando se declaró la disputa, lo tomó desprevenido.

Fue una tarde de julio. A la mañana siguiente tenía que irse río arriba. Margaretha lo sabía desde hacía tiempo. Por eso no le pareció muy razonable su comentario.

—Creo que no deberías irte mañana.

—¿Por qué no? Los preparativos ya están hechos.

—Porque no deberías dejar a tu familia cuando hay tanto peligro.

—¿Qué peligro?

—Lo sabes muy bien. Los ingleses.

—Ah. —Se encogió de hombros—. Los ingleses.

Tenía su parte de razón, desde luego. El comerciante Springs-teen, cuya opinión tenía por buena, se lo había expuesto con claridad unos días atrás:

—Los ingleses quieren quedarse con nuestras pieles y nuestro tráfico de esclavos, claro. El tabaco que se carga en este puerto les reportaría diez mil libras al año. Pero sobre todo, amigo mío, si se apoderan de Nueva Ámsterdam, tendrán a su disposición el río y así podrán controlar todo el norte.

Las agresiones de los ingleses eran cada vez más frecuentes. Allí en la isla larga éstos, que controlaban la punta más alejada, siempre habían dejado a los holandeses el territorio próximo a Manhattan. El año anterior, sin embargo, el gobernador Winthrop de Connecticut había exigido impuestos a algunos de los colonos holandeses, y no todos se habían atrevido a negarse.

En los últimos tiempos se habían suscitado temores por un peligro mayor. Aunque el rey Carlos II de Inglaterra era un individuo simpático, su hermano menor James, duque de York, era muy distinto. Eran pocas las personas que sentían simpatía por él. En general se lo consideraba una persona orgullosa, inflexible y ambiciosa. Por eso la noticia causó consternación: «El rey ha cedido las colonias americanas a su hermano, desde Massachusetts hasta casi Maryland». Aquel territorio abarcaba los Nuevos Países Bajos. Además, el duque de York iba a enviar una flota a América para imponer sus reivindicaciones.

Stuyvesant había reaccionado con extremo frenesí, afianzando defensas y destacando centinelas. Aunque no había enviado ni tropas ni dinero, la Compañía de las Indias Occidentales le había ordenado defender la colonia. El gallardo gobernador estaba decidido a conservar Nueva Ámsterdam, cuando menos.

Después, de Holanda llegó otro mensaje de muy distinto signo. El gobierno inglés aseguró a los holandeses, de forma clara y categórica, que no tenía ambiciones sobre su colonia, y que la flota se dirigía a Boston. Poco después recibieron tranquilizadoras noticias: la flota había llegado a Boston y permanecía allí. El conflicto había terminado. Stuyvesant se había ido río arriba para resolver ciertas diferencias con los indios mohawk que vivían más allá.

Por eso, cuando Margaretha usó el pretexto de la amenaza inglesa para decirle que no se marchara, Van Dyck vio claramente que aquello era una estratagema. Ella pretendía controlarlo y él no estaba dispuesto a permitirselo.

—¿Y mis negocios? —preguntó.

—Pueden esperar.

—Yo no lo creo así. —Abrió una pausa mientras ella lo observaba—. Tú y los niños no vais a correr ningún peligro —añadió.

—Eso es lo que dices tú.

—Porque es verdad.

—¿Significa eso que te niegas a quedarte aquí?

—Hasta el duque de Moscovy piensa que ahora estamos seguros —señaló.

Los habitantes de Nueva Ámsterdam, a menudo resentidos por los métodos dictatoriales de Stuyvesant, lo llamaban muchas veces así a sus espaldas.

—No hay necesidad de referirse al gobernador con ese estúpido mote —espetó ella con enojo.

—Como quieras —contestó con un encogimiento de hombros—. Será Pata de Palo si lo prefieres.

Lo cierto era que Stuyvesant no despertaba muchas simpatías entre los mercaderes, ni siquiera entre los ricos amigos de su mujer, ni en el seno de la Compañía de las Indias Occidentales. Van Dyck estaba convencido de que a algunos no les importaba mucho qué nación se fuera a quedar con la colonia, con tal de que no los importunaran en sus actividades comerciales. Encontraba gracioso que los amigos de su esposa coincidieran más con su punto de vista que con el de ella.

—¡Él vale diez veces más que cualquiera de vosotros! —gritó, encolerizada.

—Vaya por Dios —se mofó—. Cualquiera diría que estás enamorada de él.

Se había excedido. Ella estalló.

—¿Es eso lo único que se te ocurre pensar? Quizá valdría más que juzgaras a los otros aplicando tu mismo patrón. En cuanto a esas visitas que dedicas a los indios... —Dejó caer las palabras con amargo desdén, dejando que destilaran un inconfundible sentido—. Más vale que estés de vuelta antes de tres semanas, si quieres seguir utilizando mi dinero.

La última amenaza la expresó a voces, mientras se ponía en pie sacando chispas por los ojos.

—Volveré cuando termine lo que debo hacer —replicó él con imperturbable frialdad.

Ella ya había abandonado, sin embargo, la habitación con la furia de un vendaval.

Al día siguiente Dirk van Dyck se marchó al amanecer, sin haber vuelto a ver a Margaretha.



En aquella espléndida mañana de verano, la barca de tingladillo navegaba rumbo norte impulsada por cuatro remeros. En lugar de remontar el gran río Hudson, Van Dyck había iniciado esa vez su viaje por el otro lado de Manhattan, en el East River. En el centro de la embarcación había un gran montón de aquella gruesa y resistente tela fabricada en Holanda, la lona. Se trataba de un cargamento legal que sofocaría cualquier posible sospecha.

Con su pacífico aire, la barca bordeó una larga lengua de tierra que quedaba en el centro del cauce para luego doblar a la derecha, a unas ocho millas del muelle de Nueva Ámsterdam, y dirigirse a un pequeño espigón donde los aguardaban unos hombres con un carro lleno de barriles. Ése era el verdadero cargamento.

Tardaron un rato en cargar todos los barriles. Luego el responsable, un corpulento granjero holandés, preguntó si quería probar la mercancía.

—¿Es la misma que otras veces? —preguntó Van Dyck.

—Exactamente la misma.

—Me fío de ti. —Ya habían hecho negocios en múltiples ocasiones.

48

nes.

Se trataba de aguardiente. A los indios les encantaba. En realidad, vender aguardiente a los indios era una actividad ilegal.

—Pero el delito es menos grave —le había informado con picardía a Van Dyck el genial capataz— porque lo he aguado.

Sólo un poco —total los indios no lo notaban—, pero con ese poco aumentaban los beneficios de Van Dyck. Una vez hubieron cargado todos los barriles, la barca se alejó por el río.

Aquella operación conllevaba sólo un problema: el cargamento debía efectuarse en la parte superior del East River. Si no quería rehacer todo el camino pasando por Nueva Ámsterdam tenía que continuar subiendo por la orilla oriental de Manhattan para salir al gran Río del Norte, el Hudson, y ello entrañaba ciertos peligros.

Las aguas del East River se bifurcaban más arriba. A la izquierda, un estrecho canal permitía rodear la punta norte de Manhattan. A la derecha, otro canal más ancho conducía al inmenso brazo de mar cuyas plácidas aguas se extendían a lo largo de casi cien millas protegidas del océano por la isla larga. El peligro se hallaba en la bifurcación, sometida a una confluencia de mareas y corrientes que producían una compleja agitación hidráulica cuya localización acababa de complicar la presencia de diversos islotes. Incluso en los días

de calma en que en la ensenada apenas se movían las cañas, cualquier marino inexperto que llegara a ese conflictivo punto se encontraría con que los remolinos aspiraban su embarcación para proyectarla contra una pared de agua que parecía haber surgido de las profundidades a la manera de un colérico dios. «Puerta del Infierno» llamaban a ese lugar, que más valía procurar evitar.

Con lógica cautela, sin alejarse de la costa de Manhattan, entraron en el angosto canal de la izquierda, y aunque se vieron zaran-deados, lograron atravesarlo sin percance.

A su izquierda quedaba el pequeño asentamiento de Harlem. Pese a que contaba con tan sólo un kilómetro de ancho, aquella parte septentrional de Manhattan tenía unas impresionantes elevaciones de terreno. A la derecha se iniciaba la propiedad de Bronck. La angosta vía navegable se prolongaba unas cuantas millas hasta conducir, después de unas antiguas cuevas y bases de campamentos indios, a un tortuoso desfiladero que desembocaba en el gran Río del Norte. También allí había otro peligroso paraje en que había que sortear las corrientes. Una vez se halló en el cauce del gran río, Van Dyck exhaló un suspiro de alivio.

A partir de allí, la ruta era fácil. Cuando la marea del Atlántico entraba por la bahía, invirtiendo con su suave impulso el flujo de las aguas del río, la corriente retrocedía hacia arriba a lo largo de muchos kilómetros. Entonces la marea obraba a su favor. Los remeros apenas tuvieron que esforzarse para que el cargado barco se desplazara a buen ritmo hacia el norte. A la derecha dejaron atrás la finca de Jonker; a la izquierda, las altas defensas de piedra de la orilla occidental se prolongaban aún hasta que al fin se interrumpieron junto a una roma colina. Entonces, a la derecha, Van Dyck avistó su punto de destino, el poblado indio emplazado en la ladera de la orilla oriental.

—Descansaremos aquí hasta la mañana —indicó a los remeros.

La pequeña estaba tan contenta de verle que lo llevó a recorrer el pueblo para que saludara a todas las familias. Las casas, construidas con dúctiles troncos de árboles jóvenes, atados y cubiertos de corteza, estaban dispuestas en un saliente de tierra, cerca del agua. El edificio de mayores dimensiones, una vivienda larga y estrecha, acogía a cinco familias. Al lado de aquella casa crecían dos nogales y en los arbustos de atrás trepaban las parras silvestres. Abajo, en la orilla, había unas enormes redes de pesca dobladas sobre bastidores. Los cisnes y ánades reales comían al lado de los juncos.

«Aun siendo pobre —pensó van Dyck—, mi hija no vive peor que yo.»

Después de mediodía comieron un delicioso pescado capturado en el río. Aún quedaban bastantes horas de luz cuando Pluma Pálida le pidió que dieran un paseo por la ladera para subir a una peña que proporcionaba una magnífica vista. Él advirtió que llevaba un pequeño objeto envuelto en hojas. Cómodamente sentados, con el sol del atardecer contemplaron las águilas que volaban en lo alto.

—Tengo un regalo para ti —le dijo, poco después, la niña—. Lo he hecho yo.

Le entregó el paquetito. Al desenvolver las hojas, él sonrió encantado.

—¡*Wampum!* —exclamó—. Es precioso.

Seguro que había pasado un número incalculable de horas elaborándolo. El *wampum* era una obra artesanal realizada con cuentas procedentes de conchas de moluscos. Sólo se aprovechaba la parte central de ésta, que se recortaba y pulía para luego ensartarla en cordeles o tendones. Las cuentas blancas provenían de los bígaros y las púrpuras y las negras de las almejas, que eran más duras. Las sartas se entretreían para confeccionar cinturones, diademas y toda clase de adornos. Aparte, el *wampum* servía de moneda de cambio. Los indios lo usaban como ofrendas para las bodas, peticiones de mano y pago de tributos. Dado que era un símbolo de riqueza, los caudillos de la tribu siempre procuraban que el *wampum* quedara distribuido de forma equitativa entre las diversas familias.

Aquel artículo no sólo servía de adorno y de moneda de cambio, sino que vehiculaba un sentido. El blanco significaba paz y vida; el negro significaba guerra y muerte. Al incorporarlos al atuendo era factible componer intrincados dibujos y pequeños pictogramas geométricos que se podían leer. Los enormes y larguísimos cinturones ceremoniales eran indicativos de importantes acontecimientos o tratados. Los chamanes llevaban *wampum* con símbolos de complicada interpretación.

Los holandeses no habían tardado en descubrir que podían comprar pieles con *wampum*. Los puritanos ingleses instalados en Massachusetts habían ido, por su parte, más lejos. Tradicionalmente, los indios recolectaban en verano las conchas en la arena y reservaban para el invierno el tedioso trabajo de perforarlas con un punzón de piedra. Utilizando taladros de acero que permitían acelerar la producción, los ingleses habían comenzado a fabricar su propio *wampum*, eliminando la competencia de los indios de la región. Lo peor

era que, a medida que aumentaban las existencias de éste y que se incrementaba a la vez la demanda de mercancías, se necesitaba más *wampum* para adquirir los mismos artículos. Para los comerciantes holandeses e ingleses aquella inflación era algo normal, pero los indios, acostumbrados a atribuir un valor intrínseco a la belleza del *wampum*, tenían la impresión de que los blancos los estaban estafando.

Lo que Van Dyck tenía ahora en las manos era un cinturón. Tenía varios centímetros de ancho y más de metro y medio de largo, por lo que tendría que darle varias vueltas en torno a la cintura. Sobre el fondo de conchas blancas destacaban unos pequeños motivos geométricos de color púrpura que la niña señaló con ademán de orgullo.

—¿Sabes lo que dice? —preguntó.

—No —confesó.

—Dice Padre de Pluma Pálida —explicó, recorriéndolo con los dedos—. ¿Lo vas a llevar? —inquirió con una sonrisa.

—Siempre —prometió.

—Qué bien.

Lo miró con satisfacción mientras se lo ponía. Después permanecieron sentados largo rato, contemplando el rojo sol que poco a poco se ocultaba tras los bosques del otro lado del río.

Antes de marcharse, a la mañana siguiente, le prometió que pasaría a verla en el viaje de regreso.

Dirk van Dyck disfrutó de una placentera expedición aquel verano. El tiempo era magnífico. En la orilla occidental se extendían las vastas regiones boscosas que todavía controlaban las tribus de lengua algonquina, como la de su hija. Pasando junto a la confluencia de afluentes que conocía bien viajó, tal como le agradaba decir, como huésped del río. Aquel poderoso flujo de la marea llegado del océano dejaba sentir su impulso hasta trescientos kilómetros más arriba por el cauce del río Hudson, llegando hasta Fort Orange. En verano, incluso la salada agua del mar remontaba hasta más de cien kilómetros en el interior. Gracias a ello, la mayor parte del tiempo no tuvo más que dejarse llevar tranquilamente por la corriente hacia su punto de destino, en territorio mohawk.

Mucha gente temía a los mohawk. Los indios que habitaban las zonas de alrededor de Manhattan hablaban todos algonquino, pero las poderosas tribus que controlaban las grandes extensiones de tie-

rra más al norte, como los mohawk, hablaban iroqués. Y éstos no eran amigos de los algonquinos; hacía cuarenta años que habían comenzado a hostigarlos. Efectuaban incursiones contra sus poblados y les exigían tributos. De todas maneras, pese a la temible reputación de los mohawk, los holandeses habían adoptado una actitud simple y pragmática.

—Si los mohawk agreden a los algonquinos, tanto mejor. Con suerte, eso significará que éstos están demasiado ocupados luchando contra los mohawk para importunarnos a nosotros.

Los holandeses habían incluso vendido armas a los mohawk. Aquella política no estaba exenta de riesgos, en opinión de Van Dyck. Los enclaves más septentrionales de los Nuevos Países Bajos, como Fort Orange y Schenectady, se encontraban en territorio mohawk, donde a veces causaban problemas. Había sido uno de aquellos incidentes lo que había reclamado la presencia de Stuyvesant en Fort Orange poco tiempo atrás. Pese al poco aprecio que le tenía a Stuyvesant, Van Dyck no abrigaba dudas de que el curtido y viejo gobernador resolvería la situación con los mohawk. Por más belicosos que fueran, acabarían negociando, porque les convenía.

52

En lo que a él respectaba, a Van Dyck no le inspiraban miedo los mohawk. Hablaba iroqués y conocía su forma de ser. En cualquier caso, no iba a llegar hasta Fort Orange, sino que se detendría en un puesto comercial situado junto a un riachuelo que quedaba a una jornada al sur del fuerte. De acuerdo con su propia experiencia, fuera lo que fuese lo que acontecía en el mundo, los comerciantes siempre eran bien recibidos. Se adentraría en las tierras salvajes, vendería aguardiente aguado a los mohawk y regresaría con un buen cargamento de pieles.

—El comercio es lo único en lo que se puede confiar —solía decir—. Aunque se acaben los reinados, el comercio perdura siempre.

Era una lástima que tuviera que comerciar con los mohawk, desde luego, porque a él le gustaba más el pueblo algonquino de su hija. Pero qué se le iba a hacer. La avidez de pieles de los blancos y la prontitud con que los indios se las habían suministrado había diezmando hasta tal punto los castores de los márgenes inferiores del río Hudson que los algonquinos no tenían bastantes para vender. Hasta los mohawk debían adentrarse en el territorio de los hurones, situado más al norte aún, a fin de satisfacer la incesante demanda de los blancos. Éstos, en cualquier caso, le suministraban la mercancía, y eso era lo que contaba. Por eso eran ahora sus principales proveedores.

El viaje hacia las tierras del interior duró diez días durante los cuales no sufrió ningún contratiempo. A diferencia de los poblados algonquinos, la base comercial de los mohawk era un puesto permanente rodeado de una recia empalizada. Los indios que lo recibieron allí eran bruscos y desabridos, pero aceptaron su aguardiente. «Habría sido mejor que nos hubieras traído armas», le dijeron. Regresó con uno de los cargamentos de pieles más copiosos que había transportado nunca río abajo. Aun así, pese al valor de éste, no tenía prisa en volver a Manhattan e ideaba maneras para demorarse, un día aquí y otro allí.

Pretendía tener a Margaretha esperando. No mucho, sin embargo. Lo había calculado con detenimiento. Como ella le había puesto una fecha límite, pensaba llegar más tarde. Le diría, por supuesto, que los negocios le habían llevado más tiempo del previsto. Ella sospecharía que mentía, pero ¿qué podría hacer? Tenía que dejarla un poco en vilo, era lo mejor. Aunque amaba a su mujer, debía darle a entender que no podía impartirle órdenes, y una semana suplementaria sería suficiente. Por ello, obedeciendo sus instrucciones, los remeros no se cansaron mucho en el lento trayecto hacia el sur. Van Dyck, mientras tanto, contaba los días y mantenía la sangre fría.

Había algo que lo tenía preocupado... algo que había omitido hacer. Se trataba de una menudencia tal vez, pero lo tenía obsesionado.

No tenía ningún regalo para su hija.

El cinturón de *wampum* que ella le había regalado tenía un precio material, desde luego, pero su valor era, no obstante, incalculable. Su hijita lo había hecho para él con sus propias manos, había ensartado las cuentas y las había cosido, hora tras hora, para componer aquel simple mensaje de amor.

¿Cómo podía corresponderle él? ¿Qué podía darle a cambio? No poseía ninguna habilidad manual. «No sé esculpir, ni trabajar la madera, ni tejer —cavilaba—. Soy incapaz de ejecutar este tipo de labores tradicionales. Sólo sé comprar y vender. ¿Cómo puedo demostrar mi amor, si no es con costosos regalos?»

Había estado a punto de comprar un abrigo confeccionado por los mohawk, pero pensó que quizá no le agradaría una prenda mohawk. Además, quería darle algo proveniente de su propio pueblo, cuya sangre, al menos, compartía. Por más vueltas que le daba, no lograba decidir nada, de modo que el problema aún estaba por resolver.

Había entrado ya en territorio algonquino cuando indicó a los remeros que se detuvieran en la orilla occidental, junto a un pueblo donde había comerciado con anterioridad. Le gustaba mantener sus

contactos, y aparte, era una buena manera de dilatar el tiempo antes de su regreso.

Recibió una calurosa acogida. La gente del pueblo estaba atareada, porque era la época de la cosecha. Al igual que la mayoría de indios de la zona, habían sembrado maíz en marzo y judías en mayo, para las que servían de puntal las altas plantas de maíz. Ahora los recolectaban a la vez. Van Dyck permaneció dos días en el pueblo con sus hombres, ayudando en la recolecta. Pese a que era un trabajo duro bajo el tórrido sol, disfrutó con ello. Aunque tenían pocas pieles que vender, los algonquinos se hallaban en condiciones de vender maíz al hombre blanco, por lo cual Van Dyck les prometió que volvería al cabo de un mes.

La cosecha se desarrollaba muy bien. El tercer día a mediodía, cuando se habían sentado para comer y las mujeres traían la comida, divisaron una pequeña barca. Un solo hombre accionaba los remos. Van Dyck observó la embarcación que se acercaba. Cuando llegó a la orilla, el hombre saltó a tierra y arrastró la barca fuera del agua. Era un individuo joven de pelo rubio y ojos azules, de poco más de veinte años, dentadura algo prominente y mirada penetrante. Tenía una cara agradable, aunque de expresión más bien dura. Pese al calor, llevaba botas de montar y una chaqueta negra manchada de barro. De la barca bajó una bolsa de cuero, que se cargó a la espalda.

Los indios lo miraron con recelo. Cuando uno de ellos le dirigió la palabra, resultó evidente que no hablaba algonquino, pero con los gestos dio a entender que pedía comida y techo, algo que los algonquinos no solían negar a nadie. Van Dyck indicó con un ademán al desconocido que tomara asiento a su lado.

Al cabo de un momento quedó claro que el joven tampoco hablaba holandés. Se expresaba en inglés, una lengua que Van Dyck conocía bastante bien. Aun así, el joven rubio de la chaqueta oscura se mostraba desconfiado, reacio a decir gran cosa, ni siquiera en inglés.

—¿De dónde eres? —le preguntó Van Dyck.

—De Boston.

—¿A qué te dedicas?

—Al comercio.

—¿Qué te ha traído aquí?

—Estaba en Connecticut. Me robaron. Como me quedé sin caballo, pensé que podía viajar por el río.

Tomando el cuenco de maíz que le ofrecía, se puso a comer, evitando más preguntas.

Van Dyck conocía dos clases de hombres provenientes de Bos-

ton. Los primeros eran los piadosos, los rígidos puritanos cuyas congregaciones vivían al amparo de la luz del Señor. Aquella luz era, sin embargo, muy cruda. Pese a que Stuyvesant era intolerante con las personas diferentes como los cuáqueros y los expulsaba siempre que podía, lo suyo no era nada comparado con lo que les hacían en Massachusetts, donde los azotaban hasta dejarlos medio muertos con cualquier pretexto. En cualquier caso, no le parecía que el desconocido fuera uno de aquellos puritanos. La segunda categoría correspondía a los hombres que habían ido a Nueva Inglaterra por el dinero que se podía ganar con la pesca y el comercio. Eran personas duras y curtidas. Quizás aquel joven era una de ellas.

De todas maneras, su explicación resultaba inverosímil. Tal vez era una especie de fugitivo que se había ido al oeste para deshacerse de sus perseguidores. Quizá la barca era robada. Van Dyck resolvió mantenerlo vigilado.

A Tom Master no le habían ido muy bien las cosas. En su viaje a Boston con la flota inglesa había soportado tempestades. Al llegar fue a la casa de la familia, que ahora ocupaba su hermano Eliot, pero éste lo recibió con expresión horrorizada seguida por varias horas de silencio que a Tom le resultaron más desagradables incluso que los temporales en el mar. Aunque no llegó a echarlo de la casa, con su grave y callada actitud su hermano le dejó bien claro que, aun estando muertos sus padres, les seguían debiendo obediencia y que con su tentativa de volver a integrarse en el círculo familiar faltaba a los dictados de la decencia.

Al principio Tom se sintió dolido, y después enojado. Al cabo de tres días, decidió tomarse el asunto como una broma y cuando no lo veía su hermano, se echó a reír.

Encontrar una colocación en Boston no resultó nada divertido, sin embargo. Ya fuera porque tenía una mala reputación, o porque Eliot hubiera estado precaviendo a todo el mundo en su contra, el caso fue que no halló ninguna reacción positiva entre los comerciantes que conocía. Era evidente que quedándose en Boston no tendría buenas perspectivas.

También se planteó si su padre lo habría tenido en cuenta en su testamento. Cuando después de consultar a su hermano éste le contestó que «Sólo bajo ciertas condiciones, que no cumples», no le cupo duda de que le decía la verdad.

¿Qué debía hacer, pues? ¿Regresar a Londres? Eliot le pagaría

seguramente el pasaje si con ello lo alejaba definitivamente de Boston, pero le fastidiaba verse expulsado de la ciudad por su propio hermano.

Aparte, estaban los otros motivos que lo había inducido a ir allí.

La flota del duque de York seguía en el puerto de Boston. El comandante fingía realizar gestiones para el duque, pero la conversación que Tom había mantenido con un joven oficial le había confirmado lo que desde el principio sospechaba: se dirigirían a Nueva Ámsterdam dentro de muy poco.

—Si el duque consigue arrebatar los Nuevos Países Bajos a los holandeses será el dueño de un imperio en este continente —le comentó el oficial—. Transportamos suficientes balas de cañón y pólvora como para reducir a añicos Nueva Ámsterdam.

Las garantías expresadas por el rey de Inglaterra a los holandeses habían sido la puesta en práctica de la táctica favorita de aquel simpático monarca: una mentira descarada.

De ser aquello cierto, las colonias americanas presentarían buenas oportunidades a un joven inglés. Sería insensato por su parte volver a Inglaterra en ese momento. Lo que necesitaba era un plan.

56

Al día siguiente se le ocurrió la idea. Como muchas de las que concebía Tom era estrambótica, aunque no exenta de humor. En una taberna había conocido a una muchacha, de mala reputación, con la que había conversado un rato. Al día siguiente volvió para hablar con ella. Cuando le expuso lo que quería y precisó la cantidad que le iba a pagar, ella se echó a reír y dio su consentimiento.

Esa tarde habló con su hermano.

En primer lugar le presentó excusas. Le dijo que estaba arrepentido de sus fechorías pasadas. Eliot no dijo nada. A continuación Tom le explicó que quería sentar cabeza, aunque fuera en condiciones humildes, y tratar de llevar una vida mejor.

—Espero que aquí no —puntualizó su hermano.

Ése era precisamente su propósito, le contestó Tom. Y además, había encontrado una esposa. Al oír aquello, Eliot se lo quedó mirando pasmado de asombro.

Era una mujer que conocía de antes, prosiguió Tom, una mujer que tampoco había tenido una trayectoria perfecta pero que estaba dispuesta a arrepentirse. ¿Qué manera había mejor de demostrar la humildad y la capacidad de perdón cristianos que salvándola?

—¿Qué mujer es ésa? —preguntó con sequedad Eliot.

Tom le dio el nombre de la joven y la taberna donde trabajaba.

—Esperaba —agregó— que tú podrías ayudarnos.

A mediodía del día siguiente, Eliot había averiguado bastante. La muchacha era ni más ni menos que una vulgar prostituta. Sí, ella misma se lo había dicho, pero aceptaría con gusto casarse con Tom, salvarse, y vivir allí en Boston aunque no fuera rodeada de lujos; cualquier cosa era mejor que la condición de mujer perdida que soportaba entonces. Aunque se dio enseguida cuenta de que podía tratarse de un engaño, Eliot no le vio ninguna gracia. Tampoco le importó si la historia era cierta o no. Lo que estaba claro era que Tom estaba dispuesto a buscar problemas y a abochornarlo. Eliot dedujo que, como alternativa, Tom estaría dispuesto a marcharse... a cambio de algo. Esa noche volvieron a hablar.

La entrevista, que tuvo lugar en la pequeña habitación cuadrada que Eliot utilizaba como despacho, estuvo presidida por el fúnebre espíritu en el que éste parecía especializado. En el escritorio que mediaba entre ambos había un tintero, una Biblia, un libro de derecho, un cortaplumas y una cajita de madera de pino que contenía un dólar de plata recién acuñado.

La oferta de Eliot fue la herencia que Adam Master había dejado para su hijo menor sólo si demostraba claramente haberse integrado en la comunidad de las gentes piadosas.

—Con esto estoy desobedeciendo a nuestro padre —reconoció con toda sinceridad Eliot.

—Benditos sean los compasivos —sentenció solemnemente Tom.

—¿Te niegas a volver a Inglaterra?

—Sí.

—En tal caso, esta carta te proporcionará crédito con un comerciante de Hartford, Connecticut. Allí son más tolerantes con las personas como tú —aclaró con sequedad Eliot—. La condición es que no debes volver nunca más a Massachusetts, ni siquiera un día.

—En el Evangelio, cuando regresó el Hijo Pródigo recibió una buena acogida —señaló Tom.

—Él volvió una vez, igual que tú, no dos.

—Necesitaré dinero para el viaje. Con tu carta no recibiré nada hasta llegar a Hartford.

—¿Será suficiente con esto?

Eliot le entregó varias piezas de *wampum* y una bolsa donde había varios chelines. Con algunas de aquellas monedas pagaría a la muchacha de la taberna y el resto seguramente bastaría para el viaje, dedujo Tom.

—Gracias.

—Temo por tu alma.

—Lo sé.

—Jura que no vas a volver.

—Lo juro.

—Rezaré por ti —añadió su hermano, aunque sin mucho convencimiento de que fuera a servir de algo.

Tom se fue a caballo a la mañana siguiente. Antes de abandonar la casa, se introdujo en el despacho de su hermano y le robó el dólar de plata de la caja, sólo para fastidiarlo.

Sin apurarse, cabalgó hacia el oeste, haciendo noche en las granjas que encontraba en su camino. Al llegar al río Connecticut, debía desviarse hacia el sur por la ruta que lo habría conducido a Hartford, pero le irritaba recibir órdenes de su hermano. Así, sin ningún objetivo concreto, continuó hacia poniente durante unos días. No tenía prisa. El dinero, que llevaba en una cartera, le duraría una temporada. Siempre había oído decir que el gran Río del Norte era digno de verse. Tal vez llegaría hasta allí antes de retroceder hacia Hartford.

Alejándose de Connecticut, entró en territorio holandés, pero no vio a nadie. Alerta por si topaba con indios, prosiguió viaje durante un par de días. Al atardecer de la segunda jornada, el terreno comenzó a descender y pronto vio la amplia cinta del gran río. En una explanada próxima al río encontró una granja de holandeses. Era una simple cabaña de una planta con un gran porche, un establo y un pajar a un lado, y un pequeño anexo en el otro. El prado contiguo se prolongaba hasta la orilla, donde había un embarcadero de madera con una barca amarrada.

En la puerta lo recibió un hombre delgado de expresión desabrida, de unos sesenta años, que no hablaba inglés. Cuando Tom le dio a entender que solicitaba abrigo para pasar la noche, el granjero le indicó de mala gana que podía cenar en la casa, pero que tendría que dormir en el pajar.

Después de dejar el caballo en la cuadra, al entrar en la cabaña se encontró con el granjero, dos individuos que identificó como aprendices y un negro que supuso que era un esclavo, reunidos para comer. La dueña de la casa, una mujer bajita y rubia, mucho más joven que el granjero, los convocó a la mesa señalando el lugar donde se debía sentar cada cual. Tom había oído que los granjeros holandeses comían con sus esclavos, y ahora el rumor se demostraba cierto.

La mujer era una excelente cocinera. El estofado, que tomaron regado con cerveza, era delicioso. De postre había pastel de fruta. La conversación, en cambio, fue parca, y dado que él no hablaba holandés, no pudo aportar ninguna contribución.

¿Sería aquella mujer la esposa que había tomado el hombre después de enviudar?, se preguntó Tom. ¿O tal vez era su hija? También podía ser una especie de ama de llaves... Aunque era baja, tenía unos senos prominentes y un aire marcadamente sensual. El granjero de pelo cano la llamaba Annetie. Los demás la trataban con respeto, pero entre el granjero y ella parecía existir una especie de tensión. Cuando se dirigía a los hombres, él lo hacía como si ella no estuviera presente. Cuando ella le presentó el plato de estofado, Tom advirtió que el granjero se ladeó para evitarla. Y pese a que Annetie permaneció sentada en silencio escuchando la conversación, Tom no dejó de notar la irritación contenida que asomaba a su cara. En un par de ocasiones tuvo la impresión de que lo observaba a él. En una de ellas, cuando se cruzaron sus miradas, le dedicó una sonrisa.

Una vez terminada la cena, los braceros y el esclavo se retiraron a dormir en el edificio anexo y Tom se fue al pajar. Anochece ya. Encontró unas balas de paja sobre las que extendió el abrigo. Se disponía a acostarse cuando vio a alguien que se acercaba con una lámpara. Era Annetie. En la mano llevaba una jarra de agua y una servilleta con unas cuantas galletas. Al dárselas, le rozó el brazo. Tom la miró sorprendido. Él había tratado a más de una mujer y no le cupo duda de que aquélla se le estaba insinuando. La observó con la luz de la lámpara. ¿Cuántos años tendría? ¿Treinta y cinco? En realidad era bastante atractiva. La miró a los ojos y sonrió. Después de darle un apretón en el brazo, ella se marchó y él estuvo observando la lámpara mientras cruzaba el patio hasta adentrarse en la casa. Comió las galletas, bebió un poco de agua y se echó. Hacía una noche cálida. La puerta del pajar estaba abierta. Por el hueco vio la luz que se filtraba por los postigos de la ventana de la vivienda. Al cabo de un rato, se apagó.

No estaba seguro de cuánto tiempo había dormido antes de que le despertara un ruido. Provenía de la casa y era estruendoso. El granjero estaba roncando. Seguramente podían oírlo hasta en la otra orilla del río. Tom se tapó las orejas, intentando volverse a dormir y casi logró su propósito cuando tomó conciencia de que no estaba solo. Alguien había cerrado la puerta del pajar y Annetie estaba acostada a su lado. Sentía el calor de su cuerpo. Los ronquidos del granjero seguían llegando desde la vivienda.

Se despertó casi al rayar el alba. Por debajo de la puerta llegaba una tenue claridad. Annetie aún dormía a su lado y los ronquidos habían cesado. ¿Estaría despierto el granjero? Dio un codazo a Annetie, que rebulló. En ese instante, la puerta del pajar se abrió con un crujido dando paso a un fría franja de luz.

El viejo granjero se plantó en el umbral. Llevaba un fusil con el que apuntaba a Tom.

Annetie observaba con cara inexpresiva al viejo, pero éste sólo estaba pendiente de Tom. Le indicó que se levantara. Éste así lo hizo y tras vestirse, recogió el abrigo y la bolsa. El granjero le señaló la puerta. ¿Se propondría dispararle afuera? Una vez en el patio, no obstante, el hombre apuntó hacia el sendero que subía por la cuesta. El mensaje era claro: *Márchate*.

Tom señaló a su vez en dirección al establo, donde se encontraba su caballo. El granjero amartilló el arma y Tom avanzó un paso. El hombre apuntó. ¿Realmente le iba a disparar el viejo holandés? Se hallaban en medio de la nada, a kilómetros de cualquier población. ¿Quién tomaría represalias si desaparecía allí? Con renuencia, Tom se encaminó al sendero y se alejó por él entre los árboles del bosque.

Una vez oculto en la espesura, se detuvo, sin embargo, y tras esperar un rato, regresó con sigilo a la granja. Todo estaba en silencio. Fuera lo que fuese lo que había sucedido entre Annetie y el granjero, no había señales de actividad. Rodeando la casa, se dirigió a la puerta del establo.

60

El disparo le dio un susto de muerte. La bala le pasó por encima de la cabeza para clavarse en la puerta que tenía ante sí. Al volverse vio al viejo que, de pie en el porche, volvía a cargar el rifle.

Buscando una escapatoria, Tom echó a correr hacia el río. En el embarcadero encontró la barca y en un minuto soltó la amarra. Gracias a Dios, había un remo adentro. Apenas había saltado a la embarcación cuando sonó otro disparo y por las salpicaduras del agua se dio cuenta de que el viejo había errado por muy poco el tiro. Remando a ritmo frenético, se alejó río abajo. No se detuvo ni volvió la vista atrás hasta haber recorrido casi medio kilómetro. Después se dejó llevar por la marea y cuando ésta cambió de sentido, se paró a descansar en la orilla.

Entonces se puso a pensar que todavía ignoraba si Annetie era la esposa, la hija o pariente del viejo. Sólo de algo estaba seguro: el granjero se había quedado con su caballo, que valía mucho más que la barca que se había llevado.

La idea lo mortificaba.

Van Dyck dejó comer a Tom en silencio. Al cabo de un poco, no obstante, le preguntó si había visto la flota inglesa en Boston. El joven vaciló un instante antes de reconocer que sí.

—¿Y qué hacen allí concretamente? —inquirió Van Dyck.

De nuevo Tom titubeó.

—Estaban ocupados en Boston cuando me fui —repuso con un encogimiento de hombros. Luego cogió un pastelillo de maíz y lo estuvo masticando un buen momento con la mirada fija en el suelo. Van Dyck tuvo la impresión de que sabía más de lo que decía. Los indios le preguntaron si el desconocido era un buen hombre.

—No lo sé —contestó en algonquino—. Más vale no perderlo de vista.

Los indios dijeron a Van Dyck que debería volver a finales del verano para participar en la caza. Éste había cazado con ellos en otras ocasiones. Las grandes cacerías eran agradables, pero despiadadas. Tras localizar a los ciervos, una gran partida de personas, cuanto más nutrida mejor, se dispersaba formando un gran arco que luego volvían a estrechar golpeando los árboles, para acorralar a los animales hasta el río. Una vez que los habían conducido hasta el agua, era fácil matarlos. Mientras hubiera ciervos, aquellos algonquinos vivirían bien. Van Dyck les prometió acudir. Luego siguió charlando y riendo con ellos un rato.

Estaba claro que la manifiesta amistad que lo unía a los indios tenía intrigado al joven inglés, porque al poco rato le preguntó si era normal que los holandeses mantuvieran unas relaciones tan cordiales con los indígenas.

—¿A los ingleses no os interesa conocer las costumbres de los indios? —le preguntó a su vez el holandés.

El joven negó con la cabeza.

—Lo que hacen los habitantes de Boston es deshacerse de sus indios. No es difícil. Para eso sólo necesitan una cosa.

—¿Qué cosa?

—*Wampum*. —Tom esbozó una irónica sonrisa—. Los bostonianos obligan a los indios a pagar tributos en *wampum* según la cantidad de hombres, mujeres y niños que haya. Normalmente los indios no pueden elaborarlo tan deprisa como se les exige, por lo cual los obligan a cedernos más tierra. La población india se va reduciendo año tras año.

—¿Y si pagan?

—Entonces los magistrados ingleses les hacen pagar multas por sus delitos.

—¿Qué delitos?

—Depende. —Tom se encogió de hombros—. En Massachusetts cualquier cosa se puede considerar como un delito. Los indios de la zona acabarán por desaparecer un día.

—Comprendo.

Van Dyck observó con repulsión al joven inglés. Le dieron ganas de abofetearlo, y se le ocurrió plantearse si la conducta de sus propios compatriotas holandeses era más loable. El número de algonquinos de los Nuevos Países Bajos menguaba año tras año. Los territorios de caza de Manhattan se habían esfumado ya. En las fincas de Bronck y de Jonker, a los indios los perseguían y expulsaban de sus tierras, y lo mismo ocurría en la isla larga. Con el tiempo, allá arriba en las márgenes del gran río, donde los holandeses disponían por el momento sólo de algunos asentamientos periféricos, los algonquinos se verían sin duda obligados a retroceder. A ello había que sumar los estragos causados por las enfermedades europeas como las papearas o la viruela. No, reconoció con tristeza, venga de donde venga, el hombre blanco tarde o temprano acaba destruyendo al indio.

Pese a que aquellas reflexiones atemperaron su reacción, Van Dyck sentía aún deseos de poner en su lugar a aquel joven. Por ello, cuando Tom comentó que aunque el *wampum* se consideraba adecuado para los indios, a aquellas alturas en Boston todas las cuentas se realizaban en libras, aprovechó la ocasión:

62

—El problema con vosotros los ingleses es que por más que habléis de libras, no tenéis nada que poner en las manos de nadie. Los indios al menos tienen *wampum*. Yo sostengo —añadió con aspereza— que los indios están más adelantados que vosotros en ese sentido.

Calló para ver cómo encajaba aquello el inglés.

La observación no era errónea. En Inglaterra, uno podía encontrar los tradicionales peniques, chelines y florines de oro, pero había escasez de monedas de valor elevado. Y en las colonias, la situación era francamente primitiva. En Virginia, por ejemplo, la moneda de cambio seguía siendo el tabaco y las transacciones se efectuaban mediante el sistema de trueque. En Nueva Inglaterra, aun cuando los comerciantes efectuaban entre ellos sus cálculos en libras esterlinas y extendían sus propias letras de cambio, no había prácticamente ninguna moneda inglesa de oro o de plata en circulación.

Su intento de abochornar al joven inglés no pareció surtir efecto, sin embargo.

—Eso es algo que no le voy a negar —aceptó, riendo—. Éste es el único dinero en el que tengo confianza.

Del bolsillo del abrigo negro extrajo una cajita plana que entregó a Van Dyck. Era de madera de pino y cabía en la palma de una mano. El holandés levantó la tapa. En el interior forrado de tela re-

posaba una solitaria moneda que destelló con la luz de poniente. Era el dólar de plata que había robado a su hermano.

«*Daalders*», los llamaban los holandeses, aunque la palabra tenía un sonido más parecido al «*thaler*» alemán... dólar. Los comerciantes venían usando los dólares desde hacía más de un siglo, y eran los holandeses los que acuñaban la mayoría de los que circulaban en el Nuevo Mundo. Los había de tres clases. Estaba el *ducatoon*, más conocido como ducado, que tenía un jinete estampado y un valor equivalente a seis chelines ingleses. Después venía el *rijksdaalder*, al que los ingleses llamaban el dólar rix, de un valor de cinco chelines (ocho reales españoles para quien viajara hacia el sur). El dólar más común era, no obstante, el del león. Éste tenía un valor inferior al de los otros dólares, pero era el más bonito, con la cara más grande. En el anverso había un caballero que lucía en su escudo la estampa de un león rampante; y en el reverso, la misma espléndida figura del león ocupaba toda la cara. Aquella moneda tenía un pequeño defecto: no siempre estaba bien acuñada. De todos modos, poco importaba. El lucido dólar del león holandés se utilizaba desde Nueva Inglaterra hasta el Caribe español.

—Dinero holandés —recalcó Tom con una sonrisa, mientras Van Dyck extraía la moneda de la caja para inspeccionarla.

Los dólares de león solían estar desgastados, pero aquél no tenía ni un arañazo. Estaba recién acuñado y poseía un espléndido brillo. Mientras lo observaba, el holandés tuvo una idea: se levantó para acercarse a dos niñas indias, que tenían más o menos la misma edad de Pluma Pálida; les enseñó la moneda y dejó que las tocaran. Al tocar el reluciente disco, examinar las imágenes y los reflejos del sol que despedía, a las chiquillas se les iluminó la cara. ¿Por qué sería, se preguntó Van Dyck, que los objetos de oro y plata producían tanta fascinación en hombres y mujeres por igual?

—Es hermoso —dijeron.

—Te lo compro —propuso Van Dyck, devolviéndolo al individuo de Boston.

—Le va a costar —replicó con aire pensativo Tom— un ducado y una piel de castor.

—¿Cómo? Eso es un robo.

—La caja va incluida —añadió alegremente Tom.

—Sois un joven bribón —lo acusó, divertido, el holandés—, pero acepto.

No se molestó en regatear. Acababa de solucionar su problema. La piel no suponía un gran sacrificio porque ahora ya tenía un regalo para su hija.

Esa noche, para asegurarse de que Tom no le robaba nada, durmió en su barco. Tendido encima de las pieles, sintiendo el contacto de la caja con su dólar de plata a buen recaudo en la bolsa del cinto, escuchó la leve brisa que sonaba entre los árboles e imaginó que, tal como su hija le había prometido, oía el sonido de su voz. Se durmió sonriendo.

Van Dyck se despidió del joven inglés por la mañana. Tenía previsto llegar al pueblo de Pluma Pálida esa tarde, quedarse allí con ella todo un día y continuar hasta Manhattan al día siguiente. Hacía calor y llevaba la camisa desabrochada. En torno a la cintura había sustituido su habitual cinturón de cuero por el de *wampum* que ella le había regalado. De éste pendía una bolsita que contenía el dólar de plata.

En el río no había prácticamente tráfico. De vez en cuando veían una canoa india en los bajíos, pero en su descenso impulsado por la marea dispusieron de la gran vía navegable para ellos solos. Las elevadas riberas occidentales protegían el río de la brisa y el agua estaba calmada; parecía como si viajaran en medio de una quietud irreal. Al cabo de un tiempo, doblaron un recodo donde la orilla del oeste despuntaba irguiéndose por encima del agua, como un centinela. Van Dyck, que tenía sus propios nombres para distinguir aquellos puntos de referencia en sus itinerarios, llamaba la Punta del Oeste a aquel lugar. Un poco más adelante, el río trazaba de nuevo una curva para sortear una montaña baja a la que, debido a su achatada cima, Van Dyck llamaba la montaña del Oso. Después el río se ensanchaba, alcanzando una anchura de tres a cinco kilómetros, y así continuaba en su discurrir hacia el sur durante casi treinta kilómetros hasta que se volvía más angosto en el amplio y largo canal que bordeaba Manhattan antes de llegar a la inconmensurable bahía.

Pasaron las horas y se hallaban aún a varios kilómetros de distancia del canal cuando uno de los remeros le hizo una señal y, al volverse para mirar atrás, Van Dyck vio que, a lo lejos, los seguía un barco. Advirtió que éste ganaba terreno velozmente.

—Deben de tener prisa por algo —comentó sin gran interés.

Al cabo de media hora, ya cerca de la entrada del canal, volvió a mirar atrás y descubrió con asombro lo mucho que había avanzado la otra embarcación. Era mucho mayor que la suya, dotada de un mástil con una vela, pero dado que la brisa soplaba desde el sur, la tripulación la impulsaba con los remos. Había mediado la distancia que los separaba y proseguía con gran rapidez. No alcanzaba a distinguir cuántos remos llevaba.

—Esta gente rema como si se los llevara el demonio —observó.

Se encontraban ya en la entrada del canal, y Van Dyck dejó que los remeros avanzaran con lentitud. Arriba, la gran pared rocosa de los acantilados reflejaba los rayos de sol de la tarde. El agua parecía levemente agitada. Se volvió a mirar, pero la curva del río le impidió ver el barco que seguramente debía de dirigirse tras ellos al canal.

Luego, de repente apareció justo detrás, a toda velocidad. Ahora lo veía con todo detalle. Era una gran chalupa de tingladillo con una parte cubierta central, de donde arrancaba el mástil. Contaba con ocho remeros y cuatro pares de remos. De su línea de flotación en el agua se deducía que no iba muy cargada. ¿Para qué iría alguien tan apurado en esa embarcación vacía? En la popa había una persona de pie, pero no la veía bien.

El barco se acercó aún más, hasta llegar a su altura. Entonces observó con curiosidad al individuo de la popa.

Se topó con una cara de sobra conocida, una cara que instintivamente habría preferido no encontrar. Y además, el hombre lo miraba también a él. Era Stuyvesant. Se apresuró a desviar la vista, pero era demasiado tarde.

—Dirk van Dyck. —La áspera voz sonó atronadora, salvando la distancia.

—Buenos días, gobernador —repuso. ¿Qué otra cosa podía decir?

—¡Daos prisa, hombre! ¿Por qué no os apuráis? —Stuyvesant, que se encontraba ya frente a él, se dirigió sin aguardar respuesta a los remeros de Van Dyck—. ¡Remad más deprisa! —gritó—. ¡Vamos! —Al reconocer al temible gobernador, los remeros obedecieron en el acto, imprimiendo velocidad al barco—. Eso es, muy bien, seguid así. Continuaremos juntos, Dirk van Dyck.

—¿Por qué? —inquirió Van Dyck.

El gobernador ya lo había adelantado, pero sus hombres lograron mantener el mismo ritmo, permitiéndoles proseguir a gritos la conversación.

—¿No lo sabéis? Los ingleses están en la bahía de Manhattan con toda la flota.

De modo que la flota inglesa había acudido al final. Aunque no había oído nada, no le sorprendía. La gente de Nueva Ámsterdam debía de haber enviado un veloz jinete a Fort Orange para prevenir al gobernador, que ahora descendía por el río aprovechando la marea. La noticia también se transmitiría entre los indios, sin duda, pero tardaría un tiempo.

Evidentemente, los ingleses habían mentido. Se acordó del joven

de Boston. ¿Estaría al corriente de ello? Era lo más probable. Por eso había titubeado cuando le preguntó por la flota inglesa.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó a voz en cuello Van Dyck.

—Luchar, Van Dyck. Luchar. Necesitamos hasta el último hombre.

Las facciones del gobernador presentaban la misma dureza del pedernal. Erguido en toda su estatura sobre su pierna de madera, ofrecía una indómita estampa digna de admiración. No obstante, si la totalidad de la flota se había desplazado desde Boston, aquello representaría una imponente fuerza. Los barcos llevarían cañones. Pese a las recientes obras de mejora efectuada por Stuyvesant, Van Dyck no creía que las defensas costeras de Nueva Ámsterdam resistieran mucho tiempo. Si Stuyvesant quería oponer resistencia, los conduciría a un sangriento e inútil atolladero.

Como si quisiera confirmar sus negros pensamientos, una nube cubrió el sol y las altas paredes de roca que se alzaban a su lado adquirieron de pronto una sombría y amenazadora tonalidad gris. Dijera lo que dijese, Stuyvesant no pudo impedir que Van Dyck pensara algo más: «Si yo percibo el peligro de esta situación, también lo verán los otros comerciantes de la ciudad». No estaba muy seguro de que los habitantes de Nueva Ámsterdam apoyaran al gobernador para tratar de repeler a los ingleses. En cualquier caso, no lo harían si éstos atacaban en masa. Tampoco era probable que su familia corriera peligro. Él no creía que los ingleses tuvieran intención de destrozar el enclave y granjearse la enemistad de los mercaderes holandeses; a ellos les interesaba tener a su disposición un floreciente puerto, no una ruina impregnada de rencor. Por eso ofrecerían generosas condiciones. Según el parecer de Van Dyck, la política y la religión volvían peligrosos a los hombres, y el comercio los volvía sensatos. Estaba convencido de que, a pesar de Stuyvesant, la población llegaría a establecer un pacto. ¿Le convenía entonces irrumpir en Manhattan con Stuyvesant con actitudes de ángel vengador?

Tendió la mirada al frente. Navegando a esa velocidad, llegarían a la punta septentrional de Manhattan en cuestión de una hora. Miró a sus remeros preguntándose si podrían mantener el ritmo. Seguramente no. Tanto mejor. Si pudiera rezagarse discretamente, entonces tendría ocasión de desprenderse de Pata de Palo antes de llegar a Nueva Ámsterdam. Esperó a que el barco del gobernador se adelantara un par de cuerpos.

—¡Mantened el paso! —gritó Stuyvesant, que se había girado en redondo para mirarlos.

—Enseguida estoy con vos, mi general —contestó Van Dyck.

Al oírlo, sus remeros redoblaron esfuerzos y durante un trecho se mantuvieron a la altura de la otra embarcación. Muy bien. Así se cansarían y mientras tanto, el gobernador quedaría satisfecho.

La proa del barco topó con una ola y, con el cabeceo, lo inclinó hacia delante. Al enderezarse, notó en el muslo el contacto de la bolsa que llevaba colgada del cinturón. Entonces pensó en el dólar de plata que allí reposaba y de repente se dio cuenta de que estaban muy cerca del pueblo de Pluma Pálida. Aquel imprevisto encuentro con Stuyvesant le había hecho olvidarse de su hija, pero el roce en la pierna se la había recordado.

Pluma Pálida. ¿Qué iba a hacer?

Stuyvesant seguía observándolo con fijeza. No era prudente alterar el rumbo para dirigirse al pueblo porque, conociéndolo como lo conocía, el gobernador era muy capaz de retroceder y arrastrarlo por la fuerza río abajo.

Transcurrieron varios minutos. Las dos embarcaciones, soldadas por la invisible fuerza de la voluntad de Stuyvesant, seguían navegando con brío. Estaban pasando ya frente al pueblo, situado en la orilla oriental. Van Dyck vio a algunos indios que pescaban con redes en los bajíos. Otras personas, probablemente mujeres, los observaban desde la ribera. ¿Se encontraría Pluma Pálida entre ellas? ¿Lo estaría mirando? ¿Sabría que estaba circulando delante de ella, sin detenerse siquiera un momento, pese a su promesa? ¿Pensaría que su padre le había vuelto la espalda?

Dejó de mirar hacia tierra. Si su hija estaba allí, no quería que le viera la cara. Fue un gesto inútil, porque ni siquiera con su aguzada vista habría sido ella capaz de distinguir un rostro a aquella distancia. Agachando la cabeza hacia las pieles amontonadas a sus pies, sintió vergüenza. El pueblecito indio comenzaba a quedar atrás, allá en la otra orilla. Volvió a mirar. Todavía divisó la hilera de mujeres, borrosas e indefinidas ya.

Siguieron deslizándose con la corriente un centenar de metros, a los que siguieron otros cien más.

—Volved a remontar —ordenó a los remeros, que se quedaron atónitos.

—Pero, amo... —quiso argüir uno de ellos.

—Remontad —confirmó, señalando la orilla oriental.

Al fin y al cabo, él era el amo, de modo que aunque remisos, lo obedecieron. Cuando el barco comenzó a girar, Stuyvesant se percató de inmediato.

—¿Qué demonios hacéis?! —gritó.

Van Dyck titubeó. ¿Debía responder o no?

—Luego os seguiré —aseguró, procurando imprimir convicción a su voz—. Enseguida os alcanzaremos.

—¡Mantened el rumbo! —vociferó Stuyvesant. Al cabo de un segundo, su voz volvió a resonar por encima del agua—. Olvidaos de vuestra bastarda india, Van Dyck. Pensad en vuestro país.

¿Cómo sabía de la existencia de Pluma Pálida? Van Dyck maldijo al gobernador para sus adentros. Había sido un error llevar a la niña a Nueva Ámsterdam. Nunca debió hacer tal cosa.

—Seguidme, Dirk van Dyck —lo conminó Stuyvesant—. Olvidaos de esa mestiza y seguidme. De lo contrario, vuestra esposa se enterará de esto, os lo garantizo.

Van Dyck volvió a soltar una muda maldición. ¿Habrían estado hablando de la niña el gobernador y su mujer? ¿Y qué clase de relación era esa que mantenían ambos? ¿Quién sabía? De todas maneras, la amenaza de hablar con Margaretha iba en serio. Una cosa era dejarla en vilo sobre su paradero, y otra que le llegaran noticias de que había desafiado al gobernador y rehusado acudir a proteger a su familia por aquella hija mestiza, como diría ella... Una acusación así podía acarrearle graves consecuencias; Margaretha no pasaría por alto aquello. El desenlace podía ser desastroso para su negocio y para su vida familiar. Maldito Pata de Palo. Mil veces maldito.

—Los seguiremos —indicó con resignación a sus hombres.

La proa del barco giró en redondo, para volver a encararse corriente abajo.

Van Dyck tendió la vista al frente. ¡Qué futil maniobra! Ahora estaba condenado a seguir a Pata de Palo hasta el final, a hacer precisamente lo que había querido evitar...

Sus titubeos habían ensanchado la distancia entre su barco y el del gobernador. Pensó en la flota inglesa, en el determinado y obcecado gobernador y en el dolor y la rabia de su esposa. Luego pensó en su inocente e indefensa hija, que estaría esperándolo. La grisácea pared de roca que se elevaba a su lado parecía hacerse eco de la pesadumbre con un mudo lamento. Volvió a mirar atrás. El pueblo había quedado oculto tras los árboles. Había acudido para ver a su hija y después había pasado de largo.

—Volved atrás.

—¿Cómo, amo?

—Vamos a volver atrás. Girad —les ordenó. Los remeros se miraban, dubitativos, entre sí—. ¡¿Es que queréis pelear con los ingleses?! —gritó.

Los hombres volvieron a mirarse, y luego obedecieron. La proa se encaró hacia la orilla oriental del río. Stuyvesant, que seguía vigi-lándolo, comprendió enseguida. Su voz remontó la corriente en forma de estruendoso grito.

—¡Traidor! —La palabra sonó en los oídos de Van Dyck como el estampido de un trueno. Tuvo la impresión de que se propagaba resonando por el gran río, hasta llegar a su cabecera, en el remoto norte—. Traidor.

Volvió a mirar la chalupa del gobernador, pero no alteró su curso. Ambos sabían que allí divergían sus caminos, mientras el gran río impulsaba a Stuyvesant hacia el sur con su poderosa corriente y él, disfrutando de una tal vez momentánea libertad, desandaba el camino a fin de entregar el reluciente dólar de plata a su hija.

Nueva York

Yo me llamo Quash. Ese nombre significa que nací un domingo. Según he sabido, en África, la tierra de mis antepasados, a los niños les ponen a menudo el nombre del día en que nacen. Por lo que me han dicho, en África yo me llamaría Kwasi, y si hubiera nacido un viernes, mi nombre sería Kofi, que en inglés es Cuffe. Los hijos del lunes se llaman Kojo, que en inglés es Cudjo; y también hay otros nombres parecidos.

70

Nací, según creo, por allá en el año de Nuestro Señor de 1650. A mi padre y a mi madre los sacaron de África para trabajar como esclavos en las islas Barbados. Cuando yo tenía cinco años, a mi madre y a mí se nos llevaron para volvernos a vender, y en el mercado me separaron de ella. A partir de ese momento, no volví a saber nada de mi madre. A mí me compró un marino holandés, y en eso tuve suerte, porque el capitán me llevó a Nueva Ámsterdam, tal como llamaban entonces a este sitio; mientras que si me hubiera quedado donde estaba es muy probable que a estas alturas ya estuviera muerto. En Nueva Ámsterdam, el capitán holandés me vendió, de modo que pasé a ser propiedad de meinheer Dirk van Dyck. Entonces tenía seis años. De mi padre no recuerdo nada, y de mi madre conservo sólo algún vago recuerdo. Lo que es seguro es que debieron de morir hace ya tiempo.

Desde pequeño, siempre he soñado con llegar a ser libre algún día.

Este anhelo lo empecé a concebir gracias a un anciano negro al que conocí cuando tenía ocho o nueve años. Por aquel entonces en los Nuevos Países Bajos había sólo unos seiscientos esclavos, la mitad de ellos en la ciudad. Algunos eran propiedad de familias particulares y otros de la Compañía de las Indias Occidentales Holandesas. Un día, en el mercado vi a un anciano negro. Sentado en una carreta, con un gran sombrero de paja en la cabeza, sonreía con aire